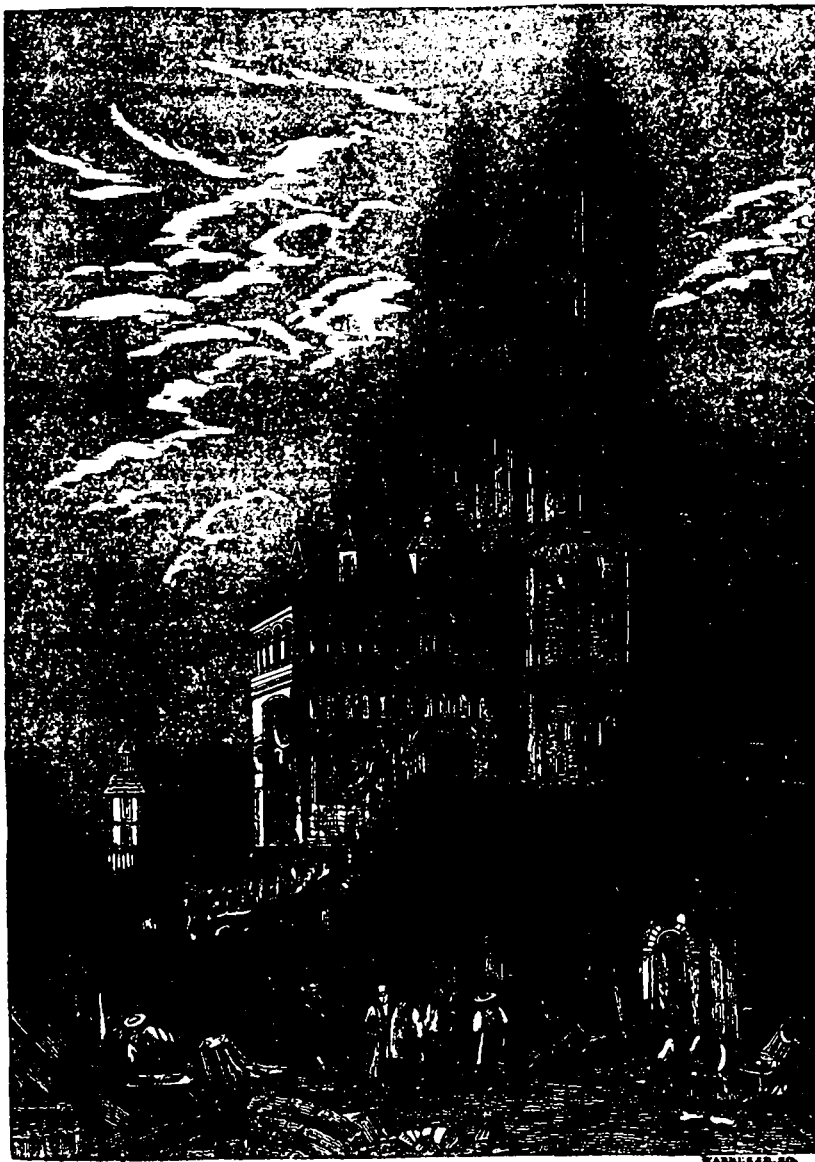


ESTUDIOS DE VIAGES.



Vista de la catedral de Worms.

ORILLAS DEL RHIN.

Worms es una ciudad antigua del gran ducado de Darmstadt, situada en la orilla izquierda del Rhin, y que ostenta en la multitud de ruinas que la circundan su antigua riqueza y esplendor. En su seno se han celebrado diferentes dietas y concilios; entre estos últimos el mas notable ha sido en 1122, el que tuvo lugar entre el emperador Enrique V y el papa Calisto, con objeto de fijar las

atribuciones y jurisdiccion de los obispos. Las dietas mas célebres son, la que en 1495 preparó la paz, general de Alemania, la que en 1517 ratificó esta misma paz y la que en 1521 tuvo por consecuencia expedir el famoso edicto de Worms contra Lutero; esta misma ciudad fué la primera en adoptar la confesion de Ausburgo. Desde el siglo XIII ha sido testigo de continuas diferencias con sus obispos y teatro de frecuentes guerras; ha disfrutado del privilegio de llamarse ciudad imperial, y esta circunstancia ha contribuido á distinguirla entre todas las demas ciudades de las orillas del Rhin.

Octubre 25 de 1843

28

Estas erillas tan célebres por su pintoresca topografía, no lo son menos por sus maravillosas tradiciones, y sus habitantes son tan inclinados á este género de superstición que dan entera fe á todas las leyendas de la edad media en que nunca falta el diablo á desempeñar un papel principal. No se descubre en este país un precipicio, una roca un poco escarpada, ó una ruina que no la citen trasmitida de generacion en generacion como teatro de alguna aventura extraordinaria, y que refieren aun en nuestros dias á los viajeros que acuden á visitar aquellos lugares. En una parte os contarán los barqueros la historia de la ondina de Lurley que atraía á los viajeros con sus armoniosos cantos para estrellar sus bateles contra las rocas; no pasarán por delante del castillo de Broemser sin que refieran los combates del bizarro señor de este nombre que peleó en la Palestina; como dió muerte á un monstruoso dragon y los despojos que ostentaba como trofeo. Mas allá aparecen por cima de las aguas del rio siete puntas de roca que llaman las Siete Hermanas, y que dicen fueron siete jóvenes de extraordinaria hermosura convertidas en peñascos en castigo de su empedernido corazón. Las cercanías del Bosque negro y del lago de Mammelsea suministran por si solas materia para llenar mas de un volumen de leyendas antiguas; á cualquiera que pasa por su inmediacion le refieren como habiendo intentado sondear este lago, no se le habia hallado fondo; y como un principe que intentó cruzarlo en una balsa, le sepultó bajo sus aguas. Los castillos de Epstein, de Falkenstein, de Rolandsck, y el valle de Vispertal tienen tambien sus tradiciones y entre todas vamos á referir una algun tanto dramática á la que dan mucho crédito en el país, y que por su singularidad basta para formar idea de las demas.

El camino del diablo.—El soberbio castillo de Falkenstein situado en el punto mas culminante de una escarpada montaña, dominaba todos los valles de las cercanías; pero necesitaron para su fabricacion emplear mucho esfuerzo y gran número de años, particularmente para abrir en la roca un sendero, único que conducía al castillo, y tan estrecho que no podían marchar dos hombres de frente. Su posicion lo hacia inconquistable, porque una sola piedra que lanzáran á los enemigos los precipitaria en el abismo que estaba á sus pies. El punto agreste y solitario en que se hallaba edificado parecia haber influido en el carácter de sus poseedores, porque los señores de Falkenstein eran renombrados en el país por su aspereza é inhospitalidad, permanecían siempre cerrados en su retiro, descendían á los valles rara vez, y eran respetados y temidos de todos los demas señores castellanos que conocían no habia medio de forzar su morada. Solo un caballero concurría alguna vez al castillo impulsado por un objeto extraño de bailar en un lugar tan desierto; por la hija del baron de Falkenstein hacia la que experimentaba inclinacion el joven Beppo. Los encantos de la joven Irmengarda y su rara belleza eran admirados de toda la Alemania, y en los últimos torneos de Worms habian roto distintos caballeros en honor suyo infinito número de lanzas, ansiosos por obtener su mano, pero á todos menos á Beppo habia rechazado la aspereza brutal de su padre.

No obstante nunca se determinaba á pedirle su hija; veinte veces se habia acercado al baron con ánimo decidido de hablarle y otras tantas la palabra habia espirado en sus labios al encontrarse con su adusta mirada y severa expresion. Un dia que desde una ventana se entretenían en discurrir acerca de la dilatada estension que dominaba la elevacion de su morada, y que contemplaban el mágico cuadro que se desenvolvía á su vista, le dijo Beppo.—Convengo en que no hay otro castillo que disfrute de una situacion tan pintoresca como este, pero es muy penoso y difícil su acceso.—¿Y quién os obliga á que vengais? repuso el castellano con su aspereza natu-

ral.—Irmengarda vuestra hija, replicó, á quien amo, por lo que me atrevo á suplicaros me otorguéis su mano.—El baron sonrió, lo que en su caracter era un presagio fatal:—Caballero, le dijo, os concedo la mano de mi hija pero con una condicion.—La acepto cualquiera que sea, repuso vivamente Beppo.—Pues bien, sereis el esposo de mi hija si durante esta noche haceis abrir por las rocas un camino por el que se pueda llegar á caballo hasta la puerta de mi castillo.—En seguida de haber pronunciado estas palabras, se retiró sonriendo y dejando al desventurado joven absorto y sumido en el mas profundo dolor.

La empresa era de tal naturaleza, que el pensarlo ni menos intentarlo era una locura, pero Beppo descendió al llano de Kronenberg, y fué á buscar á un experimentado y antiguo gefe minero que trabajaba allí mismo en las minas de Santa Margarita, y le participó sus designios. Este le contestó meneando la cabeza:—Conozco la calidad de esa roca y no podria hacerse lo que pretendéis con trescientos hombres que trabajaran incesantemente trescientos dias, y ya podeis calcular cuan imposible es hacerlo en una noche. Abandonado de toda esperanza fué á sentarse el caballero á la entrada de la mina, y su desesperacion era tanta que meditaba precipitarse en el abismo que tenia bajo sus pies. Permanecía inmóvil y calculando la estension de su desgracia; las horas trascurrían rápidamente, la noche se hacia cada vez sombría, y se habia levantado un viento impetuoso que silbaba lúgubremente al introducirse por la boca de la mina, cuando Beppo levantó sus ojos y vió delante de si á un hombre de extraño aspecto vestido con el traje de los mineros y cuyos ojos brillaban siniestramente.—Caballero, le dijo, dirigiéndose á Beppo; he oido lo que habeis propuesto á nuestro gefe y director; pero no conoce su obligacion y yo me comprometo á llevar á cabo la empresa que no se atreve á intentar. Una sola condicion exijo si aceptais mi oferta, y mañana, llegareis á caballo hasta el castillo por un sendero abierto por medio de las rocas, con tanta comodidad como si recorrierais la magnífica calzada de Worms á Spire.—Mi fortuna entera replicó Beppo, y todo lo que exijas te lo otorgo desde luego y te lo garantizo mi fe y palabra de caballero, si consigues abrir el camino.—Convenidos, replicó el minero al punto, y desapareció á los ojos de Beppo quien creyó habia descendido á la mina para buscar los demas trabajadores y empezar la obra.

Eran ya las once, la noche se oscurecia cada vez mas é Irmengarda no pensaba aun en entregarse á las dulces horas del sueño. Sabedora de la resolucion de su padre estaba triste y apoyada en una ventana, sin conservar ninguna esperanza, y escuchando sin embargo si se oía algun ruido en la montaña. El silencio mas profundo reinaba interrumpido solamente de vez en cuando por los agoreros graznidos de las aves nocturnas que se posaban en las elevadas torres del castillo, y la luna que se habia mostrado al principio de la noche, habia desaparecido completamente tras de las nubes que cubrían el cielo. De pronto llegó á oídos de Irmengarda un rumor espantoso que parecia elevarse del fondo del valle, y percibió distintamente el ruido de los picos y de los demas útiles que conmovían las rocas. No dudó entonces que un ejército de mineros se ocupaba en abrir el camino, y el señor de Falkenstein despertó con el estruendo y entró en la sala encolerizado. Beppo es un loco que nos vá á inutilizar el camino que tenemos para bajar al valle. Se aproximó á la ventana para ver si distinguía los operarios, pero al mismo tiempo se levantó un huracan furioso que silbaba de una manera horrible, las puertas del castillo se estreñecían, rechinaban sus goznes, y en medio del rugido de la tempestad se dejó oír una carcajada. Asustada Irmengarda se abrazaba á su padre que perdió tambien la serenidad, y los dos se

arrodillaron para recitar algunas oraciones. La tempestad se fué disipando poco á poco, y el viejo baron ya mas tranquilo, procuró calmar á su hija diciéndola que cesaba el peligro, pues que se habia alejado cruzando el espacio el *Negro cazador*. El baron permaneció en la sala y reclinándose en un sillón se quedó dormido.

Apenas los primeros rayos del sol doraban las llanuras de Kronenberg cuando le despertó el trote y los relinchos de un caballo; lleno de sorpresa se dirige á la ventana y vió un dilatado camino abierto en la roca y por el que avanzaba Beppo con la ligereza que le permitia su corcel. El baron y su hija apenas podian dar

crédito á sus ojos, pero no les era licito ya dudar que el joven Beppo era el mismo que se acercaba al puente levadizo.

Mas cuando tocaba al fin de su carrera, ansioso por alcanzar el logro de sus deseos, se oyó una carcajada sobrenatural, tembló el terreno que pisaba el caballo, se hundió y el desventurado Beppo precipitado de roca en roca fué á sepultarse en el abismo.

Hace mucho tiempo que del castillo de Falkenstein solo existen ruinas, pero el camino abierto en la roca subsiste aun perfectamente conservado y conocido con el nombre de *Camino del diablo*.

ESTUDIOS HISTORICOS.



Aclamacion de Padilla por los toledanos.

JUAN DE PADILLA.

I.

Unidos por el matrimonio Fernando V. de Aragon é Isabel I de Castilla, conocidos despues por los *Reyes Católicos*, gobernaron muchos años la España llevando juntos la firma en los titulos y cédulas reales.—La union de estas dos coronas trajo beneficios inmensos al pais, porque reunidas todas las provincias á un solo cetro, con su fuerza, se emprendieron conquistas que elevaron el reino á un grado de prosperidad nunca visto: haciendo temblar á la Europa el pendon castellano por la inclina-

cion de sus hijos á la gloria y por la bizzarria en el manejo de las armas. Consecuencia natural de aquel gran suceso; pues unos reyes tan queridos, tan guerreros, tan llenos de bondad para con sus pueblos, á la par que sabios y prudentes, estendieron maravillosamente sus dominios.

Jamás la esclarecida *Isabel*, tuvo en consideracion el linage ni las riquezas para conceder los mandos de las armas y las principales magistraturas: solo ensalzaba el mérito, el valor y la virtud de los caballeros castellanos en donde lo encontraba; atendiendo lo mismo al noble que al plebeyo.—En su tiempo, y bajo de su espada victoriosa, fueron arrojados los moros de toda España, en la que poseian desde la traicion del conde don Julian las

mejores de sus provincias. Granada... la hermosa Granada, corte ostentosa de aquellos usurpadores, estaba desafiando con sus soberbias torres los pendones de Castilla. Estrechada por un sitio de diez años, tuvo que ceder a las huestes de Isabel; entregando *Boadil* las llaves del régio alcázar de la Alambra, y obedeciendo a los *Reyes Católicos* con indecible gloria de todo el orbe cristiano. Con este golpe cayó para siempre el poder agarenense en España.—En su tiempo conquistaron el reino de Nápoles, uno de los mas florecientes de Italia, que por justos derechos de sus ascendientes pertenecía a don Fernando; teniendo que luchar las armas castellanas bajo el mando del valiente general Fernan Gonzalez, con los naturales de aquel país, a la vez que con numerosas tropas francesas que intentaron apropiarse de aquel reino y fueron arrojadas de toda Italia.—En su tiempo se tomaron a los moros muchos castillos y pueblos en las playas de Africa.—Y ultimamente en su tiempo se descubrieron los reinos del nuevo mundo; pudiendo decirse con vanidad, que no habia region donde luciera el sol, que no conocieran sus moradores el pabellon castellano, siempre triunfante en el campo de batalla.

Cinco hijos tuvieron los reyes católicos: el único varon que se llamó Juan, casó con Margarita de Austria, hija del emperador Maximiliano. Murió de enfermedad a los seis meses sin dejar sucesion.—Las tres mugeres, Isabel, Maria y Catalina se enlazaron con los reyes de Portugal, Inglaterra; pero tambien fallecieron en la primavera de su vida.—Solo quedó como heredera del trono la hija segunda, conocida despues por la reina doña Juana la Loca que casó con Felipe I, llamado el *Hermoso*, principe de Austria.—De este matrimonio nació el infante don Carlos (despues emperador Carlos V de Alemania y I de España.)

Privados, Fernando é Isabel, del hijo varon y de la mayor de sus hijas, atendieron con cuidado a la sucesion de tan dilatados reinos.—Llamaron a España a doña Juana y su esposo Felipe, para que los españoles jurasen a los que habian de recibir por sus reyes legítimos; y reunidas en Toledo unas cortes numerosas compuestas de los tres brazos del estado, el noble, el eclesiástico y el plebeyo, a presencia de los reyes católicos fueron aclamados presuntos monarcas, en la iglesia catedral, el día 22 de mayo de 1502.—Luego que fué jurado don Felipe en las cortes de Toledo y Zaragoza, visitó a Valencia y Cataluña, en cuyos países fué recibido con festejos públicos y una alegría difícil de explicar.—Salió para Flandes en enero de 1503, dejando a doña Juana en Medina del Campo con su madre, pero esta princesa que amaba con pasión a su esposo, no podia soportar la ausencia.—Pidió permiso muchas veces para ir a buscarle... la reina católica la entretenia rehusando su consentimiento; mas viendo doña Juana que se la obstruia la marcha con pretestos frivolos, dispuso el viage por sí misma, sin contar con su madre, desde la fortaleza de la Mota en donde se hallaba.—Suplico la reina Isabel, y envió a don Juan de Fonseca, obispo de Córdoba, para que la detubiese a toda costa.—Cuando llegó el obispo, ya encontró a doña Juana en la puerta de la fortaleza dispuesta a montar. En este conflicto la mandó de un modo cortés, de parte de la reina su madre, que detubiese la partida: doña Juana, enagenada con su viage no solo resistió la orden, sino que prorumpió contra Fonseca palabras muy duras y descompuestas.—Este proceder obligó al obispo a mandar cerrar la fortaleza: el teson de doña Juana fué tal, que no permitió volver a su cámara; quedándose muy enojada, en una habitacion inmediata a la puerta, hasta que la reina madre vino en una litera desde Segovia y pudo convencerla a que esperase el regreso de su padre que estaba en Aragon.—Calmose por entonces doña Juana; pero vuelto su padre insistió con mas interés en su marcha, y don Fernando

mandó aprestar una armada en la que salió doña Juana para Flandes en marzo de 1504.

La muerte de *Isabel la Católica*, a los 56 años de edad, ocurrida en Medina del Campo el 26 de noviembre, fué la señal de grandes disturbios en España.—Para conjurar la tempestad que ocasionaria su falta, aquella gran reina, conociendo la nulidad de su hija y celosa hasta despues de la muerte por la paz y ventura de sus pueblos, dejó en su testamento una cláusula que decia así.

—Ordeno y mando, que si la princesa doña Juana, mi hija, no estubiere en estos mis reinos cuando yo fallezca, ó estando en ellos, no quisiere entender en el gobierno de ellos; el rey Fernando mi señor, los rija, administre y gobierne por la susodicha mi hija, hasta tanto que el infante don Carlos, mi nieto, fijo primogénito de los principes, sea de edad legitima, a lo menos de 20 años cumplidos.—

Fernando, que no desconocia la propension de los castellanos a la novedad, porque eran naturalmente revoltosos y atrevidos; deseando alejar toda sospecha personal que tendiese a continuar en el mando, proclamó por reina a su hija doña Juana en la tarde del mismo día que espiró doña Isabel.—Se alzaron los pendones de Castilla por doña Juana y por Felipe su marido, que estaban en Flandes, y llamadas cortes por estamentos, fueron jurados en Toro el 11 de enero de 1503 como reyes de España, con vivas aclamaciones del pueblo.

Con este rasgo de desprendimiento, y por las razones de alta política que habia para no entregar el reino al extranjero Felipe, que ignorante de nuestras costumbres é inclinaciones, y sin libre facultad su muger para gobernar, (doña Juana padecía de enagenacion mental) tal vez daria en tierra con la monarquía; esperaba Fernando que los grandes de España, movidos de su propio interés convendrian con los procuradores de las ciudades en que gobernase él solo, a nombre de su hija, hasta que su nieto el principe Carlos llegase a la mayor edad.—¡Vana fué su esperanza!—Todos los grandes y nobleza del reino se dividieron en dos partidos. El mas juicioso porfiaba, que sin grave daño de los pueblos no podia separarse de la regencia a Fernando, que en todos sus actos merecia bien de la patria por su valor en la guerra; por su prudencia en el desempeño y administracion de los negocios, y porque era necesario acatar con respeto la ultima voluntad de la reina doña Isabel.—Por el contrario, el otro partido decia: que estaba en el caso de ceder el campo a su yerno Felipe y retirarse a sus estados, pues bastante tiempo habian sufrido los castellanos el yugo de los aragoneses.—Los españoles, propicios siempre a las novedades, se adhieren a ellas fácilmente y las aplauden, creyendo que todo ha de ser mejor que lo presente, cuando por lo comun suele suceder lo contrario.—La sana intencion de Fernando y sus cartas a los ayuntamientos manifestando el riesgo que iba a correr la paz y el bienestar de los pueblos, no fué bastante a contener la nueva situacion creada por la muerte de Isabel.

Escitado Felipe por los mensajeros de la nobleza, y temeroso del caracter valiente de Fernando, aprestó una armada, y contrapas de desembarco se vino a España con doña Juana, dejando en Bélgica a su hijo Carlos. Llegaron al puerto de la Coruña en abril de 1506, y al momento prepararon los nobles festejos publicos en todas partes, pero los plebeyos miraban con frialdad estas demostraciones de alegría, sin duda porque les repugnaba el ser mandados por flamencos, y porque preveían las consecuencias.

Todos los cortesanos, luego que se divulgó la noticia corrieron a cumplimentar a Felipe, abandonando a Fernando.—Únicamente quedaron con él sus dos fieles servidores, Federico Toledo, duque de Alva, y Federico Enriquez, almirante de Castilla. En esta alternativa y viendo los ánimos de los españoles inclinados a su ruina,

determinó retirarse á sus estados de Aragón. Antes de efectuarlo propuso á Felipe una conferencia: admitida por aquel concurrió el noble Fernando al sitio y hora señalada. Para quitar todo recelo hostil á los alemanes, iba de incógnito, con muy pocos soldados, y estos vestidos de luto y sin espadas.—Felipe por el contrario, se presentó al frente de mil soldados cuyos pechos brillaban con el oro de sus corazas: y aunque el negocio se presentaba entre armados con un desarmado, era tal la nobleza de Fernando, que antes se dieron rehenes por ambas partes: sin duda porque los estrangeros no conocen la generosidad é hidalguía de los españoles en mediando un acto de pura confianza.—Reunidos los dos monarcas en el Robledal, contiguo á la Puebla de Sanabria, bien pronto fueron cercados por los mil soldados alemanes: dos horas duró la entrevista del suegro y el yerno; pero nada se concertó en ella.—Últimamente en otra conferencia habida en Renedo, aceptaron las condiciones convenidas por ambas partes; y firmadas en Benavente, se cedieron á Fernando algunas provincias en la península, y el reino de Nápoles y Sicilia fuera de ella, para donde se embarcó sin perder momento.

Don Felipe y la reina doña Juana, recorrieron como en triunfo las principales ciudades de España. Llegaron á Burgos, y allí concluyeron el termino de su reinado, porque Felipe, invadido de unas calenturas malignas que hubo en la ciudad, murió el 23 de setiembre de 1506, á los 29 años de edad y el sexto mes de haber entrado en España.—En su corto reinado no dejó mas memoria que la institucion de la orden del Toison de oro.

Este suceso inesperado conmovió los ánimos, tanto, que los partidarios de Felipe creyéndose comprometidos por su mal proceder cuando cayó del poder Fernando, y porque el principe Carlos no podia gobernar por la minoría de edad; corrieron de aqui para allá fuera de sí: llevaron armas de una parte á otra, pertrecharon las casas; tuvieron juntas clandestinas, y todo anunciaba una gran revolucion.—Los partidarios de Fernando que se quejaban de haber sufrido una tiranía bajo el mando de Felipe, trataron de apoderarse de la reina doña Juana hasta consultar á su padre, escitándole á su vuelta; pero temiéndose unos y otros, por la guerra que los aprestos anunciaban, de repente se hablaron los caudillos de ambos partidos, y, entendidos en la cuestion, convinieron desde luego en que se encargase del mando supremo de la nacion á cuatro de los principales sujetos. Por parte de Fernando se nombro á Bernardino Velasco, general de caballería, y Federico Toledo, duque de Alva; por la de Felipe, á Diego Pacheco, marques de Villena, y Pedro Manrique, virey de Navarra; cuya determinacion enfrenó la locura de los hombres perdidos y evitó grandes males á la patria.

Atentos los nobles por el esplendor de la corona, se hicieron con gran magnificencia los funerales á Felipe. Despues se pidió á doña Juana que tomase sobre sí el gobierno del reino; pero esta señora, concretada á buena madre y mejor esposa, se dedicó esclusivamente á honrar las cenizas de Felipe, tan hermoso y tan prontamente malogrado.—Decretó marcharse de Burgos, ciudad infausta para ella, fijando la corte en Tordesillas.—En su enagenacion, solo estaba contenta con la vista del féretro de su querido esposo, sin cuidarse de otra cosa. Transcurridos dos meses, mandó que se repitiera otra vez el funeral con la misma solemnidad que la vez primera, y dispuso que en un carro cubierto de planchas de oro, tirado por fogosos caballos, se trasladase el cadáver al pueblo donde iba á fijar su residencia. Todo se cumplió; y la reina, aunque estaba en dias de parir, le seguía de cerca acompañada de los nobles y gran multitud de gente de todas clases.—Con este aparato y grandeza se hicieron de noche las jornadas, causando admiracion el silencio con que caminaban tantos próceres y varones

ilustres, al lado de su reina, atendiendo con esmero á sus lastimosas insinuaciones.—El jueves 14 de enero de 1507, tercer dia de este viage, llegó á Torquemada, en donde nació la infanta doña Catalina, á los tres meses y veinte dias de muerto su padre.

Aqui se vió la necesidad de entregar el gobierno del reino al consejo real, apoyado por el cardenal Jimenez de Cisneros; y contra la opinion de los partidarios del jóven Carlos, fué llamado otra vez el rey católico don Fernando para que regentase la nacion mientras la minoría de su nieto.—Llegó, pues, á España: se encargó felizmente del mando; y en el intervalo de los 8 años que gobernó, fué conquistado el reino de Navarra en una sola campaña de 20 dias, al mando las tropas del duque de Alva.—Murió por fin el rey don Fernando en Madrigalejo el 22 de enero de 1516, y ocupó el trono el principe Carlos á los 16 años, sin contradiccion alguna, no obstante que se encontraba en Flandes.

La reina doña Juana vivia en Tordesillas, donde su padre la habia depositado, con un tren régio y una corte muy lucida.—No se ocupaba en otra cosa que en la educacion de su hija Catalina, y en repetir los funerales á Felipe, á quien aun no habia mandado enterrar despues de diez años.—Por esta razon dejó prevenido al morir Fernando, que el cardenal Cisneros, hombre de gran talento, hiciese las veces de virey, hasta que Carlos se presentase en España.—Bien persuadido estaba el cardenal que el genio altivo de los españoles, con dificultad obedecerian á otro que no fuese el rey á quien estaban sumisos por costumbre; pero confirmado el nombramiento por Carlos, y revestido ámpliamente con la facultad real, se dedicó el octogenario cardenal á reprimir los amagos de movimientos populares que empezaban á clipear por algunas partes.

El disgusto entre las gentes del pueblo, cundia cada vez mas al ver gobernada por un fraile anciano esta gran nacion.—Para asegurar la paz y constituir una fuerza armada á las órdenes de los corregidores, mandó levantar por primera disposicion, una milicia urbana en todas las ciudades y villas: comprendiendo en ella á los jóvenes desde 17 á 30 años, concediéndose como remuneracion de este servicio, la inmunidad de cargas y el poder usar libremente las armas de dia y de noche. Esta medida que tanto halaga actualmente á la generalidad del pueblo, por la creencia política de que sin ella no hay libertad ni está defendido el pais, la recibieron entonces como un grito de alarma y tiranía para eselavizar los hombres, y hacerlos ciegos instrumentos de un corto circulo de magistrados.—El nuevo tributo era intolerable á los honrados castellanos, y opusieron una tenaz resistencia á los capitanes encargados de los alistamientos.—De todas partes cruzaban cartas al virey Cisneros, quejándose de esta contribucion de personas y amenazando con la desobediencia; pero observando que no se hacia caso alguno, dió la señal Valladolid de guerra popular.—Sus habitantes tomaron las armas; cierran las puertas, reparan las murallas como por encanto, ponen grandes guardias y centinelas avanzadas en los caminos, se burlan de los decretos del virey, y echan por último fuera de la ciudad á los nobles que desaprobaban el voto popular.—Las demas ciudades formaron alianza por medio de mensajeros; y la de Burgos especialmente tomó una parte muy activa, dirigiendo á Flandes una carta que decia asi:—

—LA COMUNIDAD (1) Y PUEBLO DE BURGOS Á CARLOS SU REY: SALUD.

—El capitan Cristóbal Velazquez nos ha presentado cartas de vuestro virey para que permitamos alistar mil jóvenes con el fin de ausiliar á los magistrados.—Es-

(1) Asi se llamaba entonces á los ayuntamientos.

to ha parecido tan mal, señor, tan fuera de costumbre y tan intolerable, que los ciudadanos están decididos á vivir en cualquiera otra parte primero que sufrir una esclavitud tan dura.—Ni puede suceder otra cosa, señor, porque los nuevos tributos conmueven naturalmente los intereses de los hombres y los ponen en ansiedad.—Con el medio que el virey juzga mirar por la paz, solo conseguirá suscitar tumultos.—¿A qué pues, conduce el apartar mil jóvenes de sus talleres y llenarlos de inmundades?... Quién podrá tolerar el orgullo é insultos de soldados de esta naturaleza?—Entregados á la licencia con el uso de las armas, no podrá reprimirse su ferocidad; y lo que es mas triste, tratarán á los pacíficos habitantes como vencedores á vencidos.—Nada hay mas propio para la conservacion de los reinos que ser el príncipe amado: nada mas contrario que el ser temido..... V. M. debe estar seguro que los españoles le quieren.—Por esta razon, y cuando confiaban que se les aliviaria de las cargas impuestas por vuestros abuelos, ven con disgusto que se inventan nuevos pechos, vibrando las espadas, poniéndoles en la alternativa, ó de sufrir la muerte, ó de negar la obediencia á vuestros representantes.

Todas las ciudades rechazaron la orden de Cisneros; y conociendo que iba á producir un levantamiento general de los pueblos, retiró los edictos y se calmó la pública ansiedad.

Grandes esperanzas se tenían en el joven Carlos. Decían unos, que su prudencia era superior á su edad, pues 16 años en un rey que habia nacido para serlo, eran mas que en otro particular 25.—Otros disputaban lo contrario, fundados en el testamento de Isabel. Por la divergencia de opiniones reinaba una agitacion sorda en todos los ánimos, precursora de muchas calamidades: y mientras se discutian tan contrarios pareceres con el fuego de las pasiones, muy agenos de que pudiera estar tan cerca, arribó el príncipe Carlos á la costa de Galicia, desembarcando en la Coruña el 19 de setiembre de 1517.—Todos los próceres y la nobleza corrió espontáneamente á besarle la mano; y en su viaje con el mismo fin falleció Cisneros en Roda el 8 de diciembre siguiente.

La presencia del joven monarca apaciguó los ánimos en algun tanto.—Juntó cortes en Valladolid en febrero de 1518, donde se juró por el rey, otorgándole al mismo tiempo el servicio de 600,000 ducados.—El extranjero Guillermo de Croy (por sobre-nombre Jébrés) era un ministro tan ambicioso que desde luego se apropió á sí mismo el arzobispado de Toledo, que valia en aquella época cerca de siete millones anuales.—Su avidez por las riquezas no se limitaba á esto: vendia los destinos protegiendo decididamente á los flamencos, á los que conferia los principales empleos de la nacion.—Tan estremada era la confianza que el rey tenia en Mr. Jébrés y demas privados flamencos, que abusando de su posicion saqueaban la España.—El escándalo rayaba en su mayor altura: fué tal la extraccion de dinero para Flándes, que en poco tiempo se embarcaron mas de dos millones de cuentos de oro.—Agotadas las monedas de aquel metal, cuando llegaba á verse alguna en los cambios, se hacian por su rareza estremos de admiracion en el pueblo, cantando por lo bajo la copla siguiente:—

—Doblon de á dos, norabuena estés
Pues con vos no topó Jébrés.—

La marcha inesperada del nuevo monarca y de los extranjeros que le acompañaban, irritó de tal manera á los españoles que fué el principal fundamento de la guerra conocida con el nombre de las comunidades de Castilla (1) en cuya guerra figuró en primer término don

Juan de Padilla, como general de las tropas populares.

II

La muerte del emperador Maximiliano, acaecida el 12 de enero de 1519, hizo que Carlos marchara velozmente á tomar posesion de aquella corona, porque el rey Francisco de Francia, trataba de disputarle el derecho.—Antes de su partida dió las órdenes para reunir una gran armada en las aguas de la Coruña; llamando al mismo tiempo las cortes del reino.—Este suceso produjo una aficcion general, porque se hizo creer al pueblo que Mr. Jébrés y otros extranjeros hacian marchar al rey violentamente para pasarlo ellos como príncipes y robar á España mas de lo que estaba.—Con esta idea, cuando el rey se preparó para salir de Valladolid, se levantaron los vecinos de la ciudad, al sonido de la campana de la torre de San Miguel: tomaron las armas, y queriendo detener al rey le suplicaron que arrojaese de su lado á los privados extranjeros que tan mal le aconsejaban.

Impávido el rey, no obstante, salió á Tordesillas para despedirse de su madre y continuar su camino á la Coruña.—Luego que llegó reunió las cortes convocadas: las arengó prolijamente, pidiéndolas por fin un servicio extraordinario para subvenir á los grandes gastos del viaje.

Solo el procurador por Toledo, Pedro Laso de Guzman, se opuso con franqueza á la salida del rey, negando su voto al servicio reclamado, porque la miseria del pueblo no permitia nuevas exacciones. Por esto se le persiguió y tuvo que huir ocultamente.—Al fin se embarcó Carlos para Alemania, dejando encargado del gobierno del reino al cardenal Adriano (1) natural de Utrech en union con el consejo real.

Don Juan de Padilla, joven de muchas esperanzas, á la cualidad de ser hijo de Toledo, reunia la circunstancia de pertenecer á una de las familias mas ilustres.—Estaba casado con doña Maria Pacheco, hija del conde de Tendilla, señora muy apreciada por su conocimiento en las ciencias exactas.—La influencia de Padilla con las gentes del pueblo era ya grande; pero tomó mas vuelo su reputacion cuando dió á conocer sus opiniones públicamente por el hecho que sigue.

Mr. Jébrés con la idea de aumentar las rentas reales, discurrió el medio de sobrecargar las alcabalas (2) señalando un impuesto á la nobleza.—Logró tanto por sus promesas, y se manejó tan bien, que obtuvo consentimiento de algunas ciudades; menos Toledo, ciudad tan rica como celosa de su libertad, que hizo al ministro ambicioso una tenáz resistencia. Ganó sin embargo algunos regidores, que se encargaron de admitir la proposicion.—Reunido que fué el concejo le dieron cuenta de la peticion de Jébrés, apoyándola con sofismas y concluyendo con que así lo exigia el servicio del rey.—Los que estaban en el secreto aplaudieron la idea, diciendo á una voz, que sacrificarian gustosos cuanto poseian por su soberano; pero don Juan de Padilla, con aquella energia propia de su edad.

—Jamás.... gritó, jamás consentiré yo que la nobleza de Castilla y Leon sea tributaria. Nosotros conquistamos estos reinos regando el suelo mil y mil veces con sangre castellana.—Ni Alonso VIII ni sus sucesores pudieron nunca poner en ejecucion esta medida; y yo estoy pronto á morir en defensa de nuestros derechos.

varios tienen escrito sobre aquel suceso; pero la historia mas prolija y veraz está publicada en 1840 con el título de «movimiento de España» por don José Quevedo, bibliotecario del Escorial, de la cual se han tomado los principales datos.

(1) Despues fué pontifice con el nombre de Adriano VI.

(2) Tuvo origen esta contribucion en 1342 cuando Alonso X situó la plaza de Algeciras.

(1) Sandoval.—Alcocér.—Mr. Henri Ternaux-Diez, y otros

La elocuencia y el ardor con que habló *Padilla* produjo tal efecto en el concejo, que la mayoría se puso de su parte, quedando derrotados los partidarios de *Jebres*.—Cuando se acabó la asamblea le acompañó un gentío inmenso á su casa, donde llegó lleno de alegría porque la victoria parlamentaria conseguida sobre el avaro *Jebres*, era la trompeta que llamaba á las armas para sacudir el yugo tiránico de los extranjeros. En el delirio del entusiasmo popular llevaron á *Padilla* en hombros: iban del brazo nobles y plebeyos enlazados por una misma causa, guiados por banderas y gritando alternativamente.

¡Viva Castilla! ¡viva el pueblo! ¡viva *Padilla*!

Su padre, observando el gran ruido que venia por la calle, y viendo á su hijo como en triunfo le salió al encuentro... estrechándole entre sus brazos, le dijo:

—Juan, tu has hablado como un noble digno de una estirpe ilustre; pero temo mucho que el rey te ha de pagar mal el servicio que acabas de prestarle.

¡Fatal pronóstico que se vió despues realizado! Desde aquel momento pisó el primer escalon para el suplicio.

El amor del pueblo hacia su caudillo *Padilla* crecia por momentos. Cundió la voz de que se le iba á prender por un alcalde; y esto bastó para conmovirse la ciudad: al grito de ¡viva el pueblo! se arrojó fuera de ella al gobernador, se ocupó el alcázar, fortificaron las puertas, y fué proclamado general *Juan de Padilla* encargándole del mando supremo.

Toledo, por haber sido muchos años corte de los *Alonsos*, tenia su voto gran peso en la balanza de la opinion.—Bien pronto, se comunicó el incendio á todas las ciudades y villas de Castilla, y se formalizó la revolucion como una chispa eléctrica.—No se hablaba de otra cosa que de esterminar á los procuradores porque habian concedido al rey en la Coruña un servicio mayor que el pedido.—En las grandes revueltas populares son inherentes los desmanes, pues la locura envanece al hombre y no conoce entonces la prudencia.

Segovia fué la primera que dió la señal de los desórdenes. Estando reunido el ayuntamiento, el 29 de mayo de 1320, se presentó en medio de la plebe *Hernando López* desaprobando el levantamiento. No bien le oyeron algunas palabras cuando ya se encontró cercado: le llamaron traidor con gran gritería: le arrastraron vivo por las calles, y despues le colgaron de un palo en el sitio llamado «la Cruz del Mercado».—Observando la muchedumbre que el alguacil *Roque Portal* estaba sentado escribiendo sobre la rodilla los hechos que veia, le preguntó uno de los plebeyos:

—¿Qué estas, haciendo corchete?

—Estoy anotando, contestó, los autores de esta muerte infame para pedir contra ellos.

Acabada de pronunciar esta palabra, un grupo se apoderó tambien de su persona, llevándole á colgar en seguida del mismo palo.—Igual suerte corrió el procurador á cortes *Fernando Tordesillas*, á quien sacaron desde el concejo en el acto de estarse sincerando, con una soga al cuello, ahorcándole entre los dos que ya estaban colgados.

El virey *Adriano*, para contener este mal ejemplo mandó tropas desde Valladolid á las órdenes del alcalde *Ronquillo* para que castigase los crímenes; pero los segovianos, avisados de esta novedad pusieron la ciudad en estado de defensa, nombrando por su gefe militar al regidor *Juan Bravo* (segundo caudillo de aquel movimiento).—Los zamoranos declararon enemigos de la patria á los diputados á cortes, y su ejemplo fué seguido por las demas ciudades envidiando la osadía de los de Segovia.—Los de Burgos, no queriendo quedarse atrás, capitaneados por el sobrerrero, *Bernardo Roca*, persiguieron furiosamente al corregidor que tuvo que guare-

cerse por salvar la vida en la iglesia de San Pablo: allí le obligaron á entregar la vara; y corriendo con ella á la plaza, cercó la multitud á *Diego Osorio* cantando:

—A ti te queremos por Gobernador.

—A ti te queremos por Corregidor.

En vano buscó excusas *Osorio*: le nombraron su gefe los amotinados, y vibrando las espadas desnudas á su frente, le llevaron en triunfo á la casa de *García Mota*, procurador que habia sido en las cortes de la Coruña.—Sin obedecer las palabras de templanza que les dirigia *Osorio* entraron en las habitaciones; todo lo saquean y queman en medio de la plaza, sin respetar los escritorios de la reina católica doña *Isabel* que estaban allí; pues unicamente se salvó de las llamas el testamento y un cofrecito lleno de alhajas.—Desenfrenado el pueblo y sin hacer caso de nadie, emprendieron sobre la marcha con las casas de los procuradores en las cortes anteriores de Valladolid, *Pedro Cartagena* y *Diego Soria*, que tuvieron igual suerte.—Cansados ya de correr de uno á otro lado, hicieron publicar á media noche el pregon siguiente;

—Que todo ciudadano de cualquier gerarquía y edad se reuniese armado, al rayar el alba, para acometer el alcázar; en el concepto de que negando su auxilio al pueblo, seria juzgado como desertor y traidor á la patria.—

En efecto, al aparecer la aurora del siguiente dia, se juntó una multitud extraordinaria y fueron formados hasta el puente levadizo del alcázar; intiman al alcaide su rendicion, saltan el foso: arriman las escalas; y suben por fin á las primeras almenas, porque ni tenia el castillo soldados para su defensa ni provisiones para un dia.—Mirando el alcaide desde lo alto la osadía del populacho, se entregó bajo palabra de honor y franqueó el alcázar.—Vencedor el pueblo, é ingreido con la victoria, no teniendo ya con quien pelear, bajó de nuevo con grande alborozo para incendiar la hermosa casa del francés *Mr. Jofré*.—No contentos con esto buscaron con avidez su persona, y tan pronto como fué hallado, le arrastraron por las calles, haciéndole pedazos con una locura sin egemplo.—Para cubriresta alevosia, hicieron que el corregidor *Osorio* pronunciase, despues que estaba muerto, la sentencia capital de *Mr. Jofré*, sopena de hacer lo mismo con el sino ejecutaba la voluntad del pueblo.

Mientras que esto pasaba con los burgaleses se secundaban iguales demasias en las demas ciudades, tanto que de una causa justa y noble en su origen, la hicieron degenerar en una democracia que estremeció á la grandeza y al pueblo sensato. Unidos estos por su propio interés, como era natural, empuñaron tambien las armas poniéndose á la defensiva bajo la sombra del gobierno del virey.—Tal proceder intimidó algun tanto á los furiosos, y para conjurar la tempestad que ya tronaba sobre las cabezas de los imprudentes, que en tan corto tiempo tanto querian avanzar, consignando sus principios republicanos con incendios y con asesinatos; se vieron en la imprescindible necesidad de reunir en Avila una junta magna compuesta de los procuradores de las veinte ciudades levantadas.—El primer decreto de esta asamblea, luego que se constituyó, fué el llamarse *Junta santa* para grangearse con este título mayor dignidad.—El segundo fué deponer del gobierno al virey *Adriano* y al consejo real; y el tercero separar de sus destinos á los corregidores y demas empleados públicos nombrando otros en su lugar, con el fin de sujetarlo todo á su imperio.

Con tales disposiciones fué creciendo el disgusto de dia en dia, y se empezó á minar el edificio, basado sobre arena, hasta que cayó al suelo.

III.

Juan de Padilla, sin malograr el tiempo como los demás, y cuyo generoso comportamiento en Toledo no había consentido al pueblo desman de ninguna clase, vino á Segovia con un ejército escogido y buena artillería.—El general Antonio Fonseca que con las tropas de Ronquillo, sitiadoras de la plaza, no podía empuñar una batalla con *Padilla*, marchó rápidamente sobre Medina del Campo.—Sin entrar en la población, pidió desde fuera los cañones que allí tenía el gobierno; pero los de Medina se los negaron bajo el pretexto de que no podían tolerar que tales instrumentos sirvieran para destruir los muros de sus aliados.

Al ver Fonseca esta arrogancia, se presentó con sus tropas en la mañana del 21 de agosto de 1520: amonestó segunda vez á los de Medina; y como le llenasen de insultos, atacó por la tarde esta hermosa villa, (1) entregando á las llamas mas de 900 casas.—Ni por esto se rindieron los medinenses. Tan entusiasmados estaban que las mugeres, abandonando á sus hijos entre las llamas, animaban á los defensores, gritándoles:

—Varones, manteneos firmes: esposos pelead; defended la artillería de esos ladrones.—Nada os importen vuestras casas y bienes: que se arruinen, que se quemen, que ardan.... nosotras, con tal que seáis libres, con tal que salveis la patria, con el uso y con la aguja os daremos de comer.—No consentáis que por vuestra cobardía se esclavice al pueblo y se arruinen las ciudades aliadas.»

El valor, la heroicidad con que se defendieron los medinenses fué tan extraordinaria, que ni la vista de las tropas enemigas formadas ya en medio de la plaza; ni el incendio de sus casas, fué capaz de hacerles desmayar en la lucha por no entregar la artillería: así es, que observando Fonseca esta temeridad, por no arruinar enteramente la villa, mandó retirar las tropas.—Enagenados con la victoria se entregó el pueblo; (capitaneado por un tundidor de paños llamado Bobadilla) á los mayores escesos. ¡Una calamidad tras otra! Aseminaron á los regidores Gil de Nieto y Lope de Vera, al grito de «mueran los traidores» estando en el mismo congreso reunidos: quemaron en una hoguera de sarmientos al librero Tellez; é hicieron lo mismo con otro vecino, tan solo porque les oyeron desaprobare aquellos hechos, que marchitaban el laurel de la gloria cogido en la defensa.

El incendio de Medina, población muy rica por el gran comercio que hacia de lanas, lastimó muchos intereses. Esto exasperó de tal manera á los populares que se renovaron los alborotos en todas partes.—En Valladolid, luego que llegó la noticia, demolieron hasta los cimientos la casa que tenía el general Fonseca; el virey Adriano y el consejo real tuvieron que escapar de oculto á Medina de Rioseco.—En una palabra, fueron tantas las persecuciones y tales las venganzas, que, los hombres tímidos cansados ya de sufrir, corrieron al campo de batalla á pelear contra los populares.—El primer descalabro que sufrieron por resultado de su loca conducta, fué la obstinada resistencia de los castillos de Alaejos y Coca, cuyos alcaides los defendieron valerosamente é hicieron muchas bajas en la multitud falta de orden y disciplina.—En esta situación la *Junta santa* decretó trasladar el lugar de sus sesiones á Tordesillas, donde la reina doña Juana tenía fija la residencia, para adquirir de este modo mayor autoridad.—*Padilla* fué el encargado de tomar la corte por bien ó por fuerza.

El delirio de los santos padres del Arcópagó, luego

que se constituyeron en la corte, hizo que tomase la guerra un encono mayor por ambos partidos.—En Burgos echaron violentamente al corregidor Íñigo Velasco. En Nájera se sublevaron contra el duque Antonio Manrique, poniendo sitio á sus dos castillos; pero como este desempeñaba á la sazón el cargo de virey de Navarra, bien pronto reunió tropas y vino á sosegar la furia de unos pocos.—No consiguiendo á su intimación pacífica otra respuesta que insultos y amenazas, dió la señal de ataque á los soldados, y abierta la brecha entraron en la villa causando muchos males: apresó á los tres cabezas del motín y los ahorcó frente á las puertas de sus respectivas casas.—

Don Antonio Acuña, obispo de Zamora, naturalmente bullicioso, nada deseaba con mas ansia que la guerra: su genio era mas propio para enristrar la lanza que para llevar en sus manos el baculo de la paz.—Por un choque parcial que tuvo con el conde de Alva, trocó la mitra por el casco guerrero. Se presentó á la *Junta santa* ofreciendo sus riquezas y sus servicios, y habiéndole facilitado un escuadrón de lanceros del ejército de *Padilla* marchó como el rayo sobre Zamora.—Provocó la batalla bien seguro de las simpatías que tenía en la población, y saliendo el conde con las tropas de la plaza, se adelantó á ellos, les habló: concluyendo por abrazarse unos y otros, entrando despues en la ciudad entre aclamaciones del pueblo.—Este obispo, tan célebre en aquella revolución por su travesura, luego que entró en Zamora organizó con una prontitud admirable 1,500 hombres pagados con sus rentas.—Entre ellos formaba un batallón de clérigos exclusivamente que le dió el título de «batallón sagrado» cuyos individuos dice el cronista de Aragon, Argensola, que tan perdido tenían el miedo á las armas del rey como á las censuras del papa.—En todas partes encontrábase Acuña: en todas partes atizaba el movimiento de la plebe, como que era su elemento, pues gozaba sobremedera con los gritos y el estruendo de las armas.

Cada dia que pasaba se complicaba mas la situación; y viuido el rey Carlos (coronado ya emperador de Alemania) que iba tomando el carácter de una guerra desastrosa; nombró vireyes, en union con el cardenal Adriano, al condestable Íñigo Velasco y al almirante Federico Enriquez con instrucciones para que obrasen con las tropas imperiales, mientras los negocios de aquellos vastos estados no le permitieran su venida á España.—Federico dudó algun tiempo en aceptar el cargo porque preferia la vida privada á mandar en una guerra civil. Pero como los populares empezasen á incomodar su vida de Medina de Rioseco, por haber amparado en ella al fugitivo Adriano, marchó allá con prontitud y tomó el mando.—Velasco, aprovechando la ocasion favorable de su nuevo nombramiento, se reconcilió con los burgaleses, abriéndole las puertas de la ciudad, de donde fué espulsado dos meses antes, saliendo á recibirle los principales de ella con caballos ricamente enjaezados, vestidos de gala, y celebrando justas y torneos para hacer mas ostentosa su vuelta.—Los plebeyos mas furibundos contemplaban en silencio el lujo y vanidad de los que pasaban, siguiéndolos por la curiosidad con ojos amenazadores, las cejas bajas, y muy tristes porque se consideraban engañados por los ricos.—En esto arribó á Cartagena una division de 5,000 hombres de vuelta de su expedicion con Moncada á la isla de Gelves.—Indecisas estas tropas por el partido que habian de seguir, fueron por último del primero que llegó.—Toda la infantería veterana se puso á las órdenes de Antonio Zúñiga, gran prior de San Juan, que la ganó con un sobre-plus, la caballería en número de 1,500, parte se unió con el obispo Acuña y otra parte fué llevada por sus gefes á Velasco.

Pedro Giron, entonces conde de Ureña, se encontra-

(1) Tenia en aquel tiempo 11,000 habitantes: en el dia, segun Miñano consta de 3,500.

ba altamente resentido del rey por la dureza con que le recibió antes de su partida para Alemania.—Conociendo que era la ocasión de vengarse, pues se generalizaba la guerra, se fué también á Tordesillas: logró una sesión extraordinaria de la asamblea popular, y en ella les arengó de esta manera:

—Con razón, ilustres, patricios, os plugo llamar *Junta Santa*, porque este nombre sagrado demuestra claramente una celestial inspiración y el objeto de vuestra gloriosa empresa. Debo, por tanto, saludaros con aquel profundo respeto con que acataron los antiguos romanos á los esclarecidos Decios, Fabricios, Brutos y Catones. Aquellos, despreciando los honores; desafiando á la misma muerte... se consagraron á la patria; defendiendo la república hasta consolidar la libertad.—Los intereses del arruinado pueblo están en vuestras manos. No os detengáis pues, llevad á cabo el drama porque no necesita ya mas que osadía.—Daos prisa, destruid los planes de los enemigos: que sientan, antes de saberlo, lo que detemineis contra ellos.—Valíos de mí como consejero, como soldado, y si os pareciese como jefe.... todo lo desempeñaré con gusto por cortar de raíz los males que sufre el pueblo —

El discurso de Giron fué escuchado por la junta con un profundo silencio, y después que acabó de hablar se le contestó por el Presidente.

—El congreso os da las gracias por el generoso ofrecimiento de vuestros servicios.—Ya sea dentro de este recinto, ó ya fuera de él, ocupareis el primer lugar en el pueblo español, pues los individuos de esta asamblea confían tranquilos en la autoridad de vuestro linaje, y no dudan que con vuestro valor y conocimientos militares dareis mucho impulso á la guerra.—

Después que Giron se retiró le nombraron por unanimidad capitán general del ejército; y este nombramiento fué la puñalada en el corazón á la causa de los comuneros por las consecuencias fatales que trajo después.

Juan de Padilla, único general de las tropas hasta aquel día, no pudo menos de resentirse al ver que la junta daba la preferencia á Giron, estimando en muy poco sus servicios. La nombrada de Padilla y la esperanza que en él tenía depositada el partido popular, le había envanecido hasta el punto de mirar con ceño que otro le mandase.—Fingiendo, pues, que los toledanos le llamaban se retiró con sus tropas, y de esta división tuvo origen principalmente su completa derrota por los nobles.

Luego que Pedro Giron fué dado á reconocer por general en jefe, en lugar de *Padilla*, los soldados se pronunciaron por el obispo Acuña, en quien confiaban mas.—Para no admitir, puso por excusa su dignidad episcopal, declarando al mismo tiempo que ayudaría á Giron con su lanza y con sus consejos.—Aquietadas las tropas, y alistados rápidamente los proletarios que encontraron para cubrir la falta del ejército de *Padilla*, entraron á poco tiempo, Giron y Acuña en Valladolid con 10,000 infantes, 1,000 caballos, muchas máquinas de guerra y artillería de todos calibres.—Se difundió el terror por todas partes; pero la nobleza, unida á los víreyes junto también las tropas imperiales.—Muchos plebeyos resentidos, unos de los insultos que habían sufrido en las conmociones de los pueblos, otros asustados de los crímenes cometidos por hombres calientes, y otros en fin llevados por el cebo de mejorar de fortuna, volaron á tomar las armas voluntariamente contra sus hermanos.

El conde de Haro fué nombrado general en jefe contra los populares, é inmediatamente puso su cuartel en Medina del Rioseco á donde mandó concentrar las tropas.—Giron, por la vana ligereza de los comuneros, empezó á vaticinar desde luego una desgracia. Situado su ejército en Villabrazima y pueblos inmediatos se cruzaron los mensajeros de un campamento á otro para ajus-

tar una paz honrosa; poniéndose en inteligencia secreta con Giron el almirante de Castilla, mientras que el infatigable Acuña andaba entre los soldados haciendo preparativos y exortándoles á la batalla, soñando ya con la victoria.—Es de advertir que el ejército de los comuneros era mas numeroso que el de los imperiales, y por esta razón se pusieron estos á la defensiva únicamente para no aventurar el primer choque.—Mas como Giron estaba convenido en el plan secreto de abandonar á los populares, dispuso que se retirasen las tropas á Villalpando, para que invernase la infantería, pues lo avanzando del otoño y la inclemencia del tiempo molestaba al soldado. Por este medio, dijo á los oficiales, no se pierden de vista las murallas de Medina cuyo asalto podrá darse cuando mas ventajoso parezca.—Recelando Acuña de la funesta intención del general escuchaba con prevención sus palabras diciendo á los oficiales siempre que tenía ocasión:

—Que la retirada dispuesta por Giron no podía mirarse sino como un subterfugio para retardar la victoria, destruyendo á los nobles para siempre; porque de este modo las tropas populares se entorpecían con el ocio, y viendo fallidas las esperanzas concebidas, se irían desertando á sus casas.

Los apasionados á Giron llevaban muy á mal pasar las noches al raso, y por esto aprobaban la retirada; de modo que Acuña aun cuando estaba persuadido que la victoria se le escapaba de las manos, sin embargo, para que no cudiese la desunión entre los oficiales alagó su sentimiento siguiendo á Giron con las tropas.—A su entrada en Villalpando hubo algunas contiendas entre los soldados, porque los del partido de Acuña insultaban á los vecinos, y los de Giron se oponían á tan extraña conducta.

Apercibido el conde de Haro del movimiento de los populares, sacó también sus tropas de Medina, haciendo alto en los puntos que aquellos ocuparan.—Dividida la fuerza en tres columnas, una de ellas atacó el castillo de Villagarcía, y con escalas fué tomado sobre la marcha; animados los nobles con esta primera victoria, y entusiasmados los soldados se empeñaron en marchar contra Villalpando; pero juzgando el conde que era de mas importancia tomar á Tordesillas y salvar la reina doña Juana del furor de los plebeyos, hizo mover todas las tropas velozmente sobre aquel punto.

Tordesillas, corte de Castilla en aquel tiempo, estaba murado, con una guarnición de 500 infantes y 200 caballos. La guardia de la reina y de la Junta santa se componía de un batallón de 400 clérigos zamoranos que trajo el obispo Acuña.—Rennidas las tropas reales en Torrelaboton salieron formadas en orden de batalla á tomar á Tordesillas. Luego que llegaron á su vista cercaron la plaza, disponiéndose también los de adentro á la pelea: enviaron los nobles un parlamento; pero como le tirasen, sin respetar el derecho de la guerra, se indignaron las tropas é inmediatamente ordenó el conde el asalto.—En el primer ataque cayeron 150 muertos y muchos heridos por las saetas y tiros de los de la plaza: abierta la brecha con la artillería entraron varios soldados por un punto desamparado de la muralla, y cuando precisamente iba á tocarse retirada, entonces, un plebeyo llamado Gil de Nieto, enarboló la bandera sobre el muro, gritando ¡victoria.... victoria....! Esto bastó para entrar la confusión en la plaza, contribuyendo mucho al desenlace la oscuridad; sin embargo, el batallón de clérigos hizo una defensa tan heroica dentro de la población, que perecieron casi todos, al lado de muchos procuradores unidos á las filas como simples soldados para defender el alcázar de la libertad. Toda la noche estuvo disputándose palmo á palmo el terreno por un puñado de valientes peleando en las calles con lanza en mano y cuerpo á cuerpo sin temor á los enemigos; pero como empezase á cundir la voz á las dos de la mañana, de que estaba

entrando la caballería pesada de los enemigos por la puerta real, creyéndose ya perdidos intentaron la fuga, llevándose la reina, por el puente que pasa el río Duero.

Cargados entonces por el conde al frente de la caballería, huyeron en desorden todos los comuneros, dejando abandonada la reina en el átrio de palacio. Entre los que fueron apresados en la fuga hubo cuatro procuradores de la Junta santa, que al día siguiente los degollaron en la plaza.—Presentados á la reina el conde de Haro y todos los caballeros nobles que le acompañaban, le besaron la mano según costumbre, después de haberla dicho el gran peligro que habían corrido por salvarla.

La rapidez con que fué tomada Tordesillas desconcertó á los populares de tal modo, que, cuando Giron y Acuña empezaban á mover las tropas para auxiliar la plaza, llegó el correo con la noticia de haberse perdido todo menos el honor. Divulgada por las filas descontentas los soldados de Giron, diciendo á voces:

—Que la libertad española se había hundido cuando *Juan de Padilla* dejó el mando del ejército: que los nobles habían introducido á Giron para que hiciese traición á los pueblos.

Creyendo Giron comprometida su vida por el movimiento que contra él se proyectaba, aparentó que iba á demoler el puente del Duero, junto á la fortaleza de Simancas, retirándose con alguna caballería al pueblo de su padre, en donde permaneció oscurecido como mero espectador de la guerra; el germen de la discordia quedó sembrado, no obstante, en las filas del ejército y no pudo menos de dar el fruto á pocos meses después.

IV.

Grande fué la consternación en todas partes cuando se supo la toma de Tordesillas.— Los segovianos que estaban bloqueando todavía los castillos de Coca y Alaejos, levantaron el sitio retirándose en desorden á sus casas, pero al ejecutarlo hizo una salida con la guarnición el alcaide Gonzalo, cogiendo prisionero en ella al célebre tundidor de paños de Medina, llamado Bobadilla, asesino de los regidores en el mismo concejo, y lo hizo ahorcar al día siguiente de las almenas mas altas del castillo.

—Los gefes del ejército que había en Villalpando, para contener la desertión diaria de los visos soldados, se dirigieron con las tropas á Valladolid, á fin de alentarlas y esperar las órdenes de la *Junta santa*. También se reunieron allí todos los comuneros, determinando llamar inmediatamente á *Juan de Padilla* para que se encargase del mando y salvase la libertad castellana.—Luego que *Padilla* recibió la orden en Toledo, voló con sus tropas y fué recibido en Valladolid con muchos vivas y grande alegría.—Era pública la voz entre los populares y... ¡desgraciado aquel que no lo dijese! que *Padilla*, cual otro Aníbal, espejo de la lealtad y de la constancia, tenía reservado el consolidar la república de las naciones.—Encargado del mando de las tropas, las arengó con energía y reanimó en algún tanto el abatedo espíritu del soldado.—El incansable obispo Acuña por otra parte, salió con una columna á levantar gente, exigir dinero y hacer alarde de sus fuerzas, aterrando los enemigos.—A su paso por Madrid fué recibido con festejos públicos, saliendo á buscarle sus apasionados: aumentó sus fuerzas con una columna de jóvenes madrileños, partiendo para Ocaña de donde desalojó á Zúñiga, conde de Miranda.—Uno tras otro se persiguieron hasta el Romeral; allí se travó la batalla encarnizadamente, peleando ambos gefes con su lanza en primera fila; quedó dueño del campo el obispo y libertó á Toledo de los bloqueadores, entrando victorioso en la ciudad que le aclamó por su arzobispo. Continuó sin embargo las operaciones de la guerra en varias provincias asaltando en su marcha dos castillos, pero como se

aproximasen á Burgos produjo una conmoción entre los plebeyos que fué reprimida por Velasco con solo el disparo de dos cañonazos, que ocasionaron la muerte de uno y varios heridos, metiéndose en sus casas los demás.—En el silencio que reina después de una gran tormenta, los burgaleses se contentaban con decir en sus corrillos:

—¡Ojalá que te acerques á nuestros arrabales, Acuña! ¡con qué aplausos te recibiríamos saliendo al encuentro... con qué prontitud serían arrojados los tiranos que ahora nos insultan!

En estos términos se explicaba la opinión popular, y por donde pasaba el obispo conquistaba la estimación, mas con palabras que con el valor.—Entre las varias arengas que dirigía á la multitud cuando entraba en la plaza de una villa era generalmente la que mejor éxito producía la siguiente:

—Al empuñar esta lanza, les decía, arde mi sangre en las venas: anciana ya, pero muy fuerte para poner coto al saqueo de los pobrecitos pueblos y defender la libertad de todos.—Ningun género de ambición me movió cuando abracé vuestra comun causa, por que por mi dignidad y por mi esclarecido linaje todo me sobra. Mis rentas de 40,000 ducados; mis desvelos y mi vida la consagro á vosotros, infelices... En ello, bien lo sabe Dios, no llevo otro fin que aliviaros de los tributos; adquirir una gloria póstuma y conseguir por último el verdadero descanso del alma.—Si me ayudais con dinero y con soldados el triunfo será vuestro.—La causa es santa y vuestro gefe Acuña nunca os faltará.—

En todas partes se le contestaba con entusiasmada gritería:

—Llévanos á donde quieras: no haremos contigo estipulación alguna. De ti lo esperamos todo: á ti entregamos nuestros bienes y nuestras personas.—

Aprovechaba Acuña el primer hervor del entusiasmo para alistar nuevas tropas y llevarlas á Valladolid al ejército de *Padilla*.—La mucha artillería que reunieron y el aspecto favorable que volvió á tomar la guerra con su nuevo general á la cabeza, empezó á infundir terror en la nobleza.—Uno y otro partido hacían grandes esfuerzos para conseguir la victoria decisiva en la jornada de Villalar.

Revistadas las tropas de los comuneros por su general *Padilla* y por los gefes de las ciudades Juan Bravo, Pedro y Francisco Maldonado, hicieron movimiento con su crecida artillería desde Valladolid al pueblo de Zaratano.—Varios fueron los pareceres en aquel cuartel: unos decían que debía atacarse primero á Tordesillas como punto principal del enemigo: otros por el contrario, portaban que era mas conveniente invadir á Simancas ó Torrelobaton, porque no tenía tan fuertes guarniciones.—En esta divergencia de opiniones tuvo que ir enfermo Acuña en una litera para hermanar los gefes y decidirlos á que atacasen á Torrelobaton.—Después de este suceso marchó el obispo con su columna á socorrer á Toledo, muy estrechado otra vez por el conde de Miranda.—Formado en batalla el ejército de *Padilla*, amagando el combate ya sobre Simancas ya sobre Tordesillas, acometió por fin á Torrelobaton el 27 de enero de 1521; pero con tal ímpetu, que jugando toda la artillería se hizo dueño del alcázar á las 24 horas.—El ejército enemigo, formado al frente de los fosos y sin atreverse á empeñar la batalla tuvo que retirarse; mas los populares no sacaron el partido consiguiente de la victoria, pues quedándose dormidos sobre los laureles, dieron lugar á que se relajase la disciplina del soldado con el ocio y empezase la desertión.

El conde de Haro, atento siempre á la negligencia de *Padilla*, bien pronto reunió otra vez las tropas que tenía diseminadas en guarniciones, para aventurar el combate final.—Trajo á su lado los principales nobles

de Castilla: juntó 6,000 infantes; 1,700 caballos, y 6 piezas de artillería de montaña.—Decidido á provocar á *Padilla* á una batalla campal, marcha en su busca: llega á Peñafloreda y allí concierta el plan de su operación militar.—Observando *Padilla* que todas las fuerzas enemigas se dirigían contra él, y teniendo poca confianza en sus tropas, pues si bien eran iguales en número no lo eran en valor, marchó como un relámpago á Valladolid con el fin de levantar gente tumultuariamente porque la república se encontraba en el último apuro.—Convocó la Junta santa y corriendo las calles y plazas les habló de esta manera:

—Ciudadanos: la ruina de los pueblos confederados se prepara con la derrota de mis tropas. ¡Jóvenes patriotas! si os venís conmigo hay esperanza de que los vireyes puedan ser vencidos.—Ellos confían en su fuerte caballería; pero... un esfuerzo por la patria, basta. Me vuelvo al ejército para dar mi vida gustoso y detener el furor del enemigo.—Decidid vuestra suerte pues el punto no sufre dilación alguna.—

Dos días duró la ausencia del general, y el conde de Haro se había puesto ya á la vista del cuartel de *Padilla* en Torrelabaton.—Cruzáronse los parlamentos de uno á otro campo y esto hizo sospechar que algunos populares hubieran sido sobornados.—Lo acobardado que estaba el ejército y lo poco fuerte que era el pueblo para un sitio, obligó á *Padilla* á mover las tropas á media noche para esperar socorro en lugar seguro; mas la indisciplina de los plebeyos hizo que al romper la marcha pegasen fuego al fuerte de la villa.—Avisado el conde por las luminarias de la fuga clandestina de *Padilla*, ordenó que la caballería mandada por 50 grandes de la primera nobleza corriese al escape para perseguirlo, y este arrojo multiplicó el desaliento de los confiados populares.

Amaneció el martes 23 de abril de 1521 ¡día funesto para las libertades de Castilla! y empezó á llover en abundancia; de modo que este incidente, aumentó la confusión de la tropa que iba mas dispuesta á huir que á pelear, por el miedo que infunde en el soldado una retirada, y porque todas las apariencias indicaban un gran disgusto.—*Padilla*, sin embargo, con aquella serenidad propia de una alma fría, caminaba al rededor de su ejército compuesto de 7,000 infantes, 500 caballos y 16 piezas de artillería. Les arengaba con frecuencia, escitándoles el honor para que no abandonasen sus banderas, aun cuando los enemigos con el cuerpo encubertado de acero vibrasen las espadas á su vista, pues que su lanza, les decía, era bastante para rechazarlos.—En tal situación dieron vista al pueblo de Villalar (campo célebre por el hecho de armas que presencié) y como apareciese al mismo tiempo la vanguardia de la caballería enemiga los soldados entonces empezaron á gritar.—

—Que en sitio tan desventajoso y lloviendo no convenia batirse con tan numerosa caballería: que era mejor y mas fácil entrarse en Villalar en donde guarecidos con las paredes podrian emprender la batalla sin ser heridos por la espalda.

Conociendo *Padilla* que este pretexto dieran los cobardes para ocultar su torpe miedo, quiso aprovechar un arroyuelo que atravesaba el camino, cuyo punto ofrecia alguna desventaja á la caballería enemiga: les mandó volver caras con una voz de trueno, porque la osadía, les dijo, cuando no queda otro arbitrio, es las mas veces la salvacion en los combates. Ni por esto pudo contener á los soldados.—Llegaron por fin las tropas á una llanura junto á Villalar, conocida de mucho antes por el Campo de los Nobles.—El conde de Haro sacando partido del buen agüero de aquel nombre y pronunciando un breve discurso á las tropas alusivo al objeto:—Hoy vais á salvar, les dijo, valerosamente, la monarquía, y con ella la alta nobleza de España;—dividió el ejército en dos columnas: la izquierda á su inmediato mando, y la dere-

cha confiada á los caballeros.—En esta forma se arrojaron al ejército popular; mas como viese *Padilla* que ni aun en Villalar se detenían los soldados, pues su inclinacion era á no dejar de huir, volviéndose á los pocos nobles que llevaba adheridos á su causa, y algunos ginetes dispuestos á medir sus lanzas con los enemigos, les habló de esta manera.

—Vosotros veis como yo nuestra desgracia: los proletarios, menestrales y labradores rehusan el batirse. Solo resta que un puñado de valientes muramos para dar á los pueblos una prueba de nuestra fidelidad.

Acabadas estas palabras en lance tan fatal, volvieron caras contra el enemigo; y contuvieron el impetu primero de su crecida caballería.—Trabado ya el combate á la arma blanca, acometió por la derecha el conde de Benavente con la infantería, y una lluvia de dardos caian sobre los pocos esforzados de *Padilla*.—Los disparos de la artillería obligaron al conde sin embargo, á detener su arrojo en la mitad del camino.—Acosados ya por todos los flancos, Saldaña que mandaba la artillería sin muchos conocimientos para jugarla, huyó con el pretexto de la lluvia y la humedad de la pólvora, dejando clavados los cañones en unos barbechos. (1) En lo mas recio de la pelea *Juan de Padilla*, buscando una muerte gloriosa enristró su lanza, y dirigiéndola contra Pedro Bazan, (por estar armado ligeramente y sin malla este caballero) le arrojó del caballo al primer golpe: generalizada la accion quedaron tendidos en la refriega mas de 400 hombres en solo diez minutos que duró.—Mezclados ya los combatientes fueron hechos prisioneros *Padilla* y los demas gefes de las ciudades, mas visibles por su nobleza.—Por espacio de dos horas persiguieron los escuadrones de caballería á los fugitivos populares, matando á muchos é hiriendo á otros por la espalda; hasta que cansados ya se mandó por el conde dar cuartel al soldado raso con tal que arrojasen las armas.—De los rincones de las casas de Villalar sacaron despues muchos plebeyos que, segun con quien caian, los maltrataban ó dejaban marchar libremente.—Los campos de Villalar, cubiertos de armas y cadáveres ofrecian una vista lastimosa....

Reunido el consejo de guerra aquella misma noche para determinar sobre la vida de *Padilla* y de los demas nobles prisioneros, opinó la mayoría porque se les decapitase al momento para quitar toda esperanza á los comuneros.—Eran las doce cuando les intimó el alcalde de corte la sentencia de que *serian degollados* á la mañana siguiente, menos Pedro Maldonado que le reservó la vida el conde hasta la resolusion del emperador, (fué decapitado despues en Valladolid).—*Padilla* recibió la noticia con aquella sangre fría, cual si le hubieran anunciado otra cosa, preparándose á morir con una resignacion verdaderamente cristiana. Al venir la aurora, del 24 de abril de 1521, día señalado para el fatal sacrificio, escribió dos cartas: una para su muger doña Maria Pacheco, y otra para la ciudad de Toledo.—Lo original de estos dos escritos y las ideas que se abrigan en ellos, merecen apreciarse, porque dan á conocer el talento y el carácter hidalgo de *Padilla*.—Decia así la carta á su esposa:

—Señora:

Si vuestra pena no me lastimára mas que mi muerte, yo me tuviera por bien aventurado, aun cuando fuese llorado por otros muchos.—Quisiera tener mas tiempo para escribiros algunas cosas dirigidas á vuestro consuelo: pero ni á mí me lo dan, ni yo querria dilatar la corona de laurel que espero:—Vos, señora, como cuerda sienta su desdicha, y no mi muerte, que siendo ella tan justa de nadie debe ser plañida.—Mi alma, pues ya otra

(1) Algunos historiadores dicen, que la inutilizó Pedro Maldonado.

cosa no tengo, dejo en vuestras manos: vos, señora, haced con ella como con la cosa que mas os quiso.—A mi padre y señor no escribo porque no me atrevo, pues Dios ha reservado para otro hijo su heredero en la ventura.—El verdugo me espera y no quiero alargar mas la carta por no dar lugar á que sospechen que trato de alargar la vida.—El criado Sousa, como testigo ocular y depositario del secreto de mi voluntad, os dirá lo que aquí falta.—Dejo este mundo, con el cuchillo á la garganta, para mi eterno descanso.—

J. de Padilla.

La otra carta, aunque lacónica está concebida en los términos siguientes.—

—A la ciudad de Toledo:

¡Luz del mundo.... corona de España! con la sangre de tu hijo *Juan de Padilla*, se refrescan tus pasadas victorias.—Si mi ventura no me dejó poner mis hechos entre tus hazañas, la culpa no fué mia; estuvo en mi mala estrella.—Como á madre te requiero me recibas, pues Dios no me dió mas que perder de lo que aventuré por ti.—Me pesa mas tu sentimiento que el sacrificio de mi vida. Pero mira.... que son vueltas de la fortuna que jamás tiene sosiego.—Voy al cadalso muy alegre por que muero por tu libertad; tu criarás á tus pechos quien podrá tomar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas hablará que cuenten mi muerte, mi fin te dará testimonio de mi deseo.—El alma te encomiendo, como patrona de la cristiandad: del cuerpo nada digo porque no es ya mio. No puedo escribir mas; tengo el cuchillo al cuello, con mas pasion de tu enojo que temor de mi pena.—

Concluidas las cartas fueron sacados con mucho aparato á la plaza de Villalar por el orden siguiente.—Padilla general de los pueblos sublevados, iba el primero: Juan Bravo, caudillo de los segovianos, el segundo; y Francisco Maldonado, de los salamanquinos, el tercero.—Caminaba delante el pregonero publicando á grandes voces el género de muerte y la causa.—Pero llegando al suplicio, cuando estaban con las cabezas inclinadas sobre el tajo para recibir el golpe de la cuchilla, dijo el pregonero otra vez, dictando el alcalde «que eran castigados por traidores.»—No pudiendo sufrir Bravo en aquel trance la nota de traidor, exclamó con una voz que llegó al cielo:—

—Miente, el alcalde.

Sonriéndose Padilla entonces le contestó:

—¡Ah Bravo... Bravo! ayer éramos héroes: hoy somos traidores.—Ayer fué cuando debimos morir como nobles y valientes; pero hoy ya como verdaderos cristianos... como piadosos.—

¡Así acabó *Padilla* su jornada, victima de su amor á la patria; y con él se sepultaron los comuneros de Castilla!—

V.

Vencido el partido popular con la muerte de su caudillo, no se descuidaron los contrarios en hacer mudar de aspecto todas las ciudades confederadas, ofreciéndoles una amnistía general (fué confirmada despues por el emperador) sin exceptuar mas personas que los principales de los conjurados.—Los toledanos sin embargo, no sucumbieron: hicieron gran sentimiento por la desgracia de su general; y despues de un cumplido funeral, que respiraba luto por todas partes, fué presentada á las tropas la esposa de *Padilla*, acompañada del obispo Acuña y de una multitud numerosa.—La ternura con que les habló fué bastante para inflamar de nuevo á los populares, queriendo vengar las cenizas de su esclarecido compatriota.—Poco confluado Acuña del valor de aquellas masas, cuyo entusiasmo se evaporaba facilmente á presencia del peligro, determinó fugarse á Francia. No podia borrar de su imaginacion el suceso desgraciado de Villa-

lar.—A los veinte dias de la muerte de *Padilla* meditó para ocultar mejor su retirada, llamar á un convite á todos los gefes populares; y en efecto habiendo concurrido á cenar aquellos, se los dejó en la mesa á media noche, huyendo disfrazado con direccion á Navarra, cuya provincia estaba invadida por un ejército francés, aprovechándose de la contienda interior de los españoles.—Conocido en Villamediana por un heraldo del duque de Najera, fué preso por el alfez Perote, conduciéndole con buena escolta á la fortaleza de Simancas.—Allí se dió al obispo un trato correspondiente á su alta clase y dignidad.—

En su genio inquieto bien pronto concibió la idea de dejar el encierro, fugandose por un cubo del castillo.—Estaba una noche sentado al brasero conversando tranquilamente con el alcaide llamado Mendo Noguerol: en el delirio creyó que era la ocasion de poner en planta su pensamiento. Cogió de repente un puñado de ceniza; se lo tiró al alcaide, y mientras se limpiaba este los ojos, le arremetió con un cuchillo hiriéndole de muerte.—El hijo del alcaide que le servia de page, entró en la cámara al mismo tiempo que esto sucedia; mas como viese correr la sangre de su padre empezó á gritar con locura.... ¡alerta.... alerta!.... y como acudiese gente á esta consigna fué atado el agresor con mucha dificultad.—Entonces el alcaide don Rodrigo Ronquillo sumarió brevemente al obispo don Antonio Acuña, por el crimen tan aleroso sin guardar inmundidad de ninguna clase; y á los tres dias justos espíó su delito, dándole garrote sobre una de las almenas de la fortaleza de Simancas por donde intentó escapar.—¡Así acabo tambien á poco tiempo el segundo caudillo de los comuneros de Castilla!—

Ni la desgracia de Acuña, ni las muchas tropas que amenazaban á Toledo, hicieron desmayar á sus naturales.—La esposa de Padilla tomó á su cargo la continuacion de la guerra, deseosa de vengar la muerte de su marido y la sostuvo nueve meses, peleando con heroismo hasta que no pudo mas.—

El conde de Haro, con el ejército vencedor de Villalar, hubiera podido hacer sucumbir facilmente á los toledanos; pero como los franceses habian ocupado la Navarra sin costarles nada, y trataban de poner sitio á Logroño, tuvo que volar con las tropas á Burgos, dejando á Toledo para despues.—Reunido allí el ejército, se dió el mando al duque de Najera y marchó como el rayo en busca de los franceses.—En el campo de Ezquiroz, junto á Pamplona, alcanzó las tropas invasoras, y allí mismo se dió la celebre batalla del 31 de julio de 1521, en la que fueron derrotados completamente los franceses por el valor castellano, quedando muertos en el campo mas de 6,000 hombres; ganada toda la artilleria, y hecho prisionero el general Mr. Asparrós con las personas notables que le acompañaban.—Unos cuantos coraceros fueron los únicos que ses salvaron llevando á Francia la noticia de su derrota.—

Vuelto el ejército victorioso sobre Toledo no tenia ya que vencer.—Doña María Pacheco sin embargo, vestida con basquina larga de estameña forrada de martas, corpiño de terciopelo, mangas estrechas y un sayuelo de buriel que le servia de capa, montaba á caballo; pasaba revista á los soldados; los alentaba con el estandarte popular, y hacia en fin las funciones de un valiente general con aplauso de los habitantes.—Así resistieron los toledanos una lucha gloriosa de nueve meses á las órdenes de su generala, hasta que cansados de sus continuas fatigas, sin esperar socorro de otra parte, y promovida la discordia en el interior de la plaza, tuvieron que capitular entregándose á Zúñiga, conde de Miranda.—

Doña María no creyéndose segura porque veia vacilar la fidelidad de todos aquellos á quienes tenia por mas adictos á su causa, emigró con sus criados á Portugal, disfrazada de aldeana; llegando á Braga sin entrar en po-

blacion, y fijando por último su residencia en Oporto.—
Fue muy considerada allí; pero llena de disgustos au-
rio de una pulmonia fulminante en marzo de 1551.

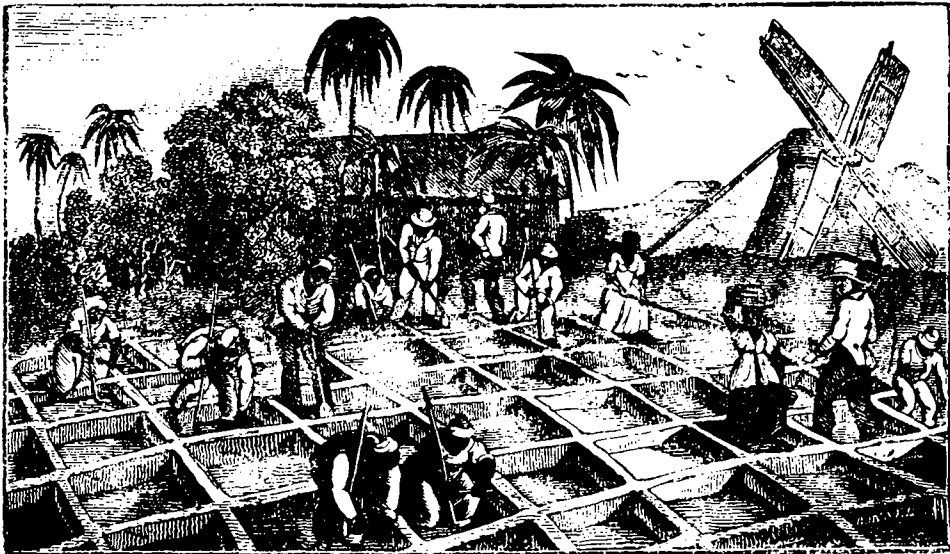
La ilustre proserita dejó mandado en su última vo-
luntad, que llevasen sus cenizas frías a Villalar para unir-
las con las de su malogrado esposo.—No pudiéndose
cumplir el justo deseo con que bajo a la tumba, y en-
terrada que fué frente al altar de San Gerónimo de la Seo de
Oporto, se la fijó un epitafio que decia así:—

María.... de alta casa derivada,
De su esposo Padilla vengadora,

Honor del sexo.... yace aquí enterrada.
Mariendo en proscripción se vió privada
De ir cual quiso, á la tumba de su esposo;
Pero Sousa y Fícorhoo sus criados
Le procuraron sepulcral reposo.—
Luego que el cuerpo consumido fuere,
Bajo una losa deben verse unidos
Los restos de consortes tan queridos.—

JULIAN SAIZ MILANÉS.

ESTUDIOS DE AGRICULTURA.



Preparacion del terreno para sembrar la caña.

LA CAÑA DE AZÚCAR.

Entre las numerosas clases de caña que se conocen,
dos tan solo son las que se cultivan; la caña puntiagu-
da, originaria de las Indias orientales, y la caña dulce
común de las Indias occidentales; se ignora si fué cono-
cida en la antigüedad; pues la historia hace mención de
ella nada mas que desde el tiempo de las Cruzadas, y aun
se cree que su descubrimiento fué una de las ventajas
que reportaron. En la isla de Chipre se plantaron cañas,
y en 1166 existía ya en Sicilia un molino ó ingenio de
azúcar; en 1420 se propagó su cultivo en la de Madera,
pocos años despues en Canarias, y á Cristóbal Colon se
debe su introduccion en la isla de Cuba, en su segundo
viage.

En la América del Sur, en las Indias occidentales, y
en las islas del Mar Pacífico crece y se propaga por sí y
sin género alguno de cultivo, pero aunque los natura-
les se servían de ella como de un alimento, ignoraban de
todo punto los medios de extraer el azúcar. Un vene-
ciano descubrió á fines del siglo XVI el arte de

refinarla, y su secreto oculto algun tiempo, acabó por
ser conocido en toda la Italia, Francia, Inglaterra, la Es-
paña, y poco á poco de Europa entera; pero la Fran-
cia particularmente adquirió muy pronto una gran supe-
rioridad en esta manipulacion.

La labor que necesita la plantacion de la caña, es
considerada como el trabajo mas penoso de los negros,
y así durante las horas mas fuertes del calor suspenden
sus faenas para descansar, y durante el tiempo que se
ocupan de ella es mayor tambien su racion que la que
disfrutaban ordinariamente. Preparan el terreno ahondando
hasta que lo disponen en hoyos de tres ó cuatro pies en
cuadro; para esto hay negros encargados de determinar
los ángulos, que lo hacen clavando estacas en los puntos
que limita la figura de la labor, y auxiliados de una lar-
ga cadena que les sirve en este trabajo para darle toda la
regularidad necesaria. En las escarpas que forman los la-
dos de los cuadros con la tierra estraída de ellos, siem-
bran batatas, y en el fondo de estos yaro y muchas veces
tambien trigo indio. Acabada la recoleccion de estas se-
millas, abonan de nuevo el terreno y componen las case-
tas destinadas á recibir la caña.

Esta se propaga por medio de varetas ó estacas de diez ó doce pulgadas de largo, y las ponen en agua por espacio de veinte y cuatro horas antes de plantarlas, y si la tierra no tiene suficiente humedad en el momento de la plantacion, ligan los vástagos en haces pequeños, los cubren de hoja de la caña, y los riegan abundantemente dos ó tres veces al día. La lluvia es absolutamente necesaria para el desarrollo de esta planta, y una sequia prolongada despues de estos cuidados los haria infructuosos. Cuando la estación es favorable clavan en cada cuadro dos ó tres vástagos; pero los mas experimentados los entierran en posicion horizontal, dejando al nivel de la superficie y descubiertos los nudos de donde debe brotar la yema.

Al cabo de once ó doce meses hacen la recoleccion, y para asegurarse de si ha llegado á su completo estado de madurez, cogen una caña para muestra, la esprimen y el jugo que presta le dejan al sol para que se evapore la parte acuosa y segun el aspecto que presenta la otra parte que se cristaliza, así determinan si está en disposicion de segarse. Para esto se colocan los negros en una hilera y armados de hachas cortas, tronchan la parte superior de la caña que es la reservada para la plantacion; esta última la conservan cuidadosamente, y el resto las cortan en trozos de tres pies de largo juntándolos en haces que atan con los tallos mas tiernos que son verdes y flexibles. Los segadores á medida que avanzan, van arrancando las hojas que pasan de mano en mano y se amontonan á alguna distancia, con objeto de despejar el tránsito á los negrillos mas jóvenes, que son los que atan los haces; las mugeres los trasportan en la cabeza hasta la entrada del molino y entonces los desatan y depositan á un lado las cañas verdes que los ligaban y que sirven para alimentar el ganado.

Tres cilindros colocados unos al lado de los otros, constituyen la parte inferior del ingenio ó molino, entre cuyas superficies se prensa la caña á impulsos del movimiento de dos ruedas dentadas. El negro encargado de alimentarle se mantiene incesantemente á su vista, y cuando hace mucho viento es tan rápido y precipitado el trabajo que apenas bastan dos hombres: el jugo pasa su-

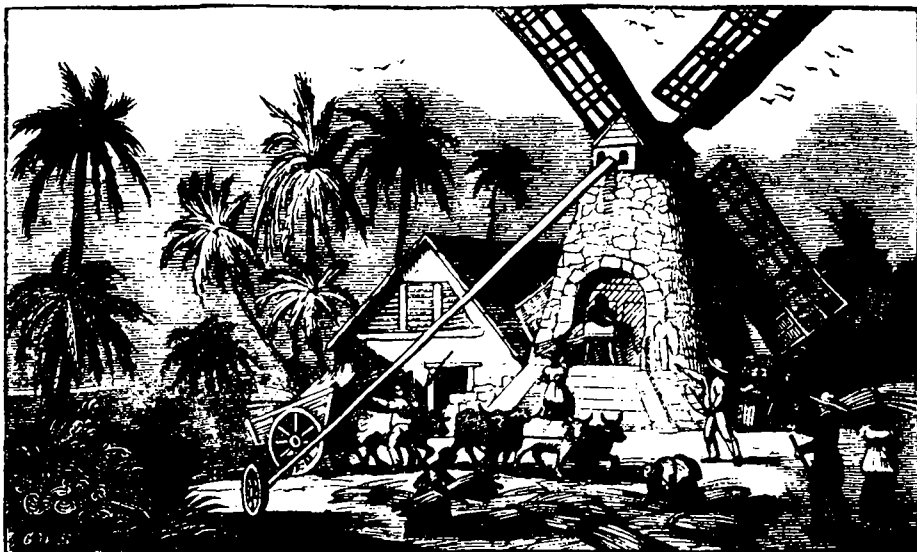
cesivamente por un canal de madera, construido por bajo de los cilindros, á un receptáculo colocado á un costado del molino en donde se encuentran dos especies de tamices tambien de madera y en los que se purifica de todas las particulas de caña ó fibras que pudiera arrastrar consigo; pasando despues á otro conducto de metal que termina en el local donde están situadas las calderas. La caña despues de prensada resbala por sí misma por un plano inclinado que atraviesa la pared y que la despide á un depósito contiguo, en el que se hallan una porcion de viejos y mugeres entretenidos en recogerlas y ponerlas á secar al sol y se sirven de ellas despues para hacer lumbre.

La sustancia de la caña va á depositarse en inmensas calderas de cobre que algunas contienen 600 gallons, que equivalen próximamente á unas 2,400 pintas; esta enorme masa de líquido está puesta al fuego y á una altura menor en un grado del que necesita para hervir el agua natural; se ponen algunos cantos de cal que hacen subir á la superficie todos los cuerpos estranos que se agitan en el líquido, se trasiega despues á otra caldera, llamada el *clarificador*, donde la despuman hasta que aparece trasparente, pero cuidando mucho de que no levante hervor; despues la pasan á otra caldera, pues que regularmente son cuatro, pero de mas cabida que las anteriores; en esta la dejan hervir y la despuman nuevamente, hasta que el jugo se purifica y adquiere cierto grado de consistencia; entonces suele estar de un color parecido al de el vino de Madera, y ya mas reducido su volumen por la ebullicion, la pasan sucesivamente á otras calderas menos espaciosas, y si aun no ha adquirido toda la transparencia que se desea, se la purifica nuevamente. En el mismo local hay generalmente seis grandes vasos ó artesas de madera de once pulgadas de profundidad y de siete pies de largo por cinco de ancho. En estos depósitos se va enfriando y coagulando poco á poco hasta que toma la forma de una masa irregular de cristal quedando aposada en el fondo la melaza.

Todos los dias trasportan el azúcar de la vispera á unas grandes barricas, donde la tienen cinco ó seis semanas de modo que la parte no cristalizada descende gota á



Recoleccion de la caña de azúcar.

**Ingenio de azúcar.**

gota en un depósito que hay preparado para recibirla; despues sufre otras preparaciones por medio de las que se obtiene una azúcar mas ó menos clara, y cuando ha cesado de correr se tapa la barrica y ya está dispuesta para la esportacion.

El excesivo calor del clima hace hervir el jugo al instante mismo que se estrae de la caña, y el intervalo de media hora bastaria para que fermentase.

Los refinadores prefieren los azúcares que presentan asperidades mas agudas y brillantes, y cuyo color tira un poco á gris; las que tienen el grano menos pronunciado y el color amarillento son poco estimadas; esta es la ra-

zon porque los azúcares de las Indias orientales no son admitidos en el comercio, y por que es imposible refinarla ni conseguir una cristalización perfecta; es una azúcar que degenera casi hasta ser parecido al de la pasa.

El trabajo de los refinadores consiste en despojar el azúcar en bruto ó de primera mano de las sustancias grasientas de que se halla aun impregnada. Para conseguirlo disuelven el azúcar con agua de cal, lo pasan por diferentes vasijas haciéndolo hervir y despumándolo de todo lo que arroja á su superficie por efecto de la ebullicion; despues lo hacen pasar por una manga de una tela de lana muy gruesa y tupida; se pone nuevamente á hervir y

**Aparato para clarificar el azúcar.**

se agita con una batidera; esta azúcar imperfecta aun y caliente, se vierte en vasijas de barro que llaman formas. Tienen la figura de un cono hueco, y en el punto donde termina hay hecho un agujero que cuidan de tapar con un paño mojado. Estas vasijas las tienen colocadas en posicion inversa á su figura, es decir, la base arriba.

Cuando el azúcar puesta en las formas empieza á enfriarse, se cubre su superficie de una capa cristalina que se quiebra facilmente; se quita el paño que impide se escape la parte no cristalizada; se agugerea con una lesna y se introduce en moldes de dimensiones proporcionadas á la cantidad de líquido que debe desprenderse; despues de cinco ó seis dias se retiran las formas para enterrarlas. Esta operacion consiste en cubrir con azúcar en polvo la base y en llenar los vacios producidos por el descenso de la parte líquida con una disolucion de arcilla. Cuando se hallan los panes en esta disposicion, se cierran enteramente las puertas y ventanas para impedir que el aire exterior deseeque esta tierra; el agua que contiene filtra poco á poco por entre las moléculas de azúcar, dilata la parte supérflua que la coloreaba, y arrastrada por su peso, descendiendo á otras vasijas colocadas para recibirla debajo de las formas: al cabo de algunos dias se quita la tierra ya totalmente desecada, se repite toda esta operacion, y cuando ha producido su efecto, no resta mas que

transportar los panes á la estufa donde cuidan de mantener un calor siempre igual.

No son las cañas solamente las que suministran el azúcar; la savia del álamo blanco contiene un jugo de un gusto azucarado muy agradable, y que se obtiene facilmente haciendo una incision en el tronco del árbol cuando empieza á brotar la hoja. El arce del Canadá contiene un jugo dulce tambien que los naturales recogen igualmente por medio de una incision y con el que hacen un licor fermentado que equivale al azúcar; pero aunque por distintos procedimientos se consigue de estas sustancias un resultado que se aproxima mucho al azúcar de caña, nunca llega á adquirir la blancura de esta.

La Francia á consecuencia de las guerras con Inglaterra y de la incomunicacion con sus colonias, trató y ha logrado en efecto reemplazar la azúcar de caña con un producto indigeno; en la actualidad la azúcar de remolacha que se fabrica en muchos puntos de aquel reino puede sin disputa rivalizar con la del Nuevo Mundo. En España, y aun en Madrid mismo, se ha tratado del establecimiento de fábricas de azúcar de remolacha, pero aqui no podrá conquistar nunca esta planta la boga que ha adquirido en otros paises, porque en nuestras costas del Mediodia se cria la caña de azúcar, siempre preferible, y casi tan buena como la de América.

ESTUDIOS MORALES.

MARIA. (1)

IV.

EL REFUGIO.

La señora Lydoria halló al obispo maquinalmente arrellanado en un ancho sillón entregado á mil dorados ensueños. Al ver á su hermana que vino á interrumpir bruscamente su muelle felicidad, la beatitud soñolienta de su semblante, dulcemente animada con los recuerdos de sus juveniles años, tomó de repente una espresion resignada que no se escapó á la vieja.

—Mi presencia te incomoda, hermano, le dijo con una voz ahogada por la cólera, pero los motivos que me traen á tu lado son graves y no admiten espera. Un escándalo vergonzoso deshonorá tu casa! Si no le pones inmediatamente término, tendré que marcharme de ella.

—¡Ojalá! dijo para sí el obispo.

Pero en vez de espresar esta idea con sus lábios ó con sus miradas, aproximó un sillón á la condesa y se volvió hácia ella para escucharla; pero la señora de Penevent, estaba demasiado agitada para sentarse, ni permanecer quieta en un sitio. Asi es que recorria á grandes pasos la sala y cargaba fuertemente los pies sobre el pavimento. Sin este movimiento lleno de violencia, tal vez no hubiera podido hacer salir la voz de su garganta contraida por la cólera, si bien esta voz salia articulada con sonidos ásperos y guturales.

—¡Maria! exclamó al fin, ¡Maria!... tú protegida! Ahora mismo acabo de sorprenderla haciendo gestos desde la ventana de su cuarto á un jóven, al pañero Juan Pastelot! He tenido que arrancarla de la ventana, que encerrarla en mi cuarto despues de haberla reprendido, co-

mo merecia; su indigna conducta!.... Y ahora vengo.... ¿Qué es eso? Te ries de lo que digo? ¿Parece que estás satisfecho de tu propia deshonor, pues que la deshonor es de tu casa? Por santa Lydoria, mi patrona, que esto es para volver loco á cualquiera!

En efecto habiase dilatado la fisonomia del obispo á las palabras de la señora Lydoria: cuando le refirió la supuesta intriga de Maria con el pañero, frotose las manos y se aproximó á la chimenea para calentarse mas voluptuosamente las plantas de sus dos gruesos pies. El disgusto no apareció en sus facciones sino desde el momento en que la condesa contó los medios de violencia empleados por ella.

—Todo se ha perdido!.... Todo se ha perdido! hermana, dijo con cierto aire de importancia y sonriéndose como para desmentir algo sus palabras. Si hubieras fingido no ver nada, antes de quince dias hubiera recibido la visita de maese Juan Pastelot, que vendria muy humildemente á pedirme la mano de mi protegida. Juan Pastelot es un buen muchacho, incapaz de amar á una doncella con otros fines que los de casarse con ella, sobre todo cuando esta doncella está bajo mi proteccion! El es piadoso, morigerado; provee de paños y seda á nuestra casa episcopal, pero por tus gritos y tu carácter violento todo lo hemos perdido. Te lo repito, tu has ahuyentado á los hermosos pájaros que principiaban á gorgear la cancion del amor y ahora nos costará un trabajo inmenso volverles la voz.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que Maria no hallará un esposo mejor que Juan Pastelot y que quiero reparar el daño que has causado á sus amores ahuyentándolos tan imprudentemente. En fin, con el favor de Dios espero poner las cosas en buen camino.

—Y es asi como debes mirar por el honor de tu casa? ¿Es asi como cumples lo que el deber te impone? Ya sé lo que debo hacer! exclamó la condesa, lanzándose fuera de la habitacion de su hermano y cerrando la puerta

(1) Véase el número anterior.

con tal violencia que pareció estallar un trabucazo; toda la casa se estremeció desde sus cimientos.

El obispo sin prestar atención a este acto de violencia, cogió un pito de plata y á su sonido acudió uno de sus pages.

—Ve á la tienda del *Arbol Rojo*, en casa de maese Pastelot el pañero, y di que tenga la bondad de venir inmediatamente, dijo el obispo. Si te pregunta el motivo de este llamamiento, dile que tal vez necesitare paño para una sotana nueva.

El page obedeció y el obispo se aproximó un poco mas á la chimenea, porque al salir su hermana y el page habia penetrado por la puerta una corriente de aire frio.

Apenas habian transcurrido diez minutos cuando maese Pastelot se hallaba á las órdenes del obispo, quien no pudo menos de admirarse de la serenidad del jóven.

—¡Oh! oh! dijo para sí, el mozo es menos novicio de lo que yo creia; ahora será mas difícil la empresa.

Salve, maese Pastelot, dijo echando alegremente su bendicion al jóven que se habia arrodillado, y haciéndole señas para que se levantara y se sentara á su lado. ¿Cómo están vuestra respetable madre y vuestra linda hermana Juana?

—Monseñor les hace honor y á mí tambien, replicó el pañero.

—No os falta mas que una muger y un hijo para ser el mas feliz de los hombres. Logrado esto creo que nada mas os deseariais en este mundo.

—Monseñor dice bien.

—¿Pues por qué no os casais?

—Porque todavía soy muy jóven, monseñor; ademas no es cosa tan facil casarse.

—¿Por que? Vos sois un buen muchacho; no hay en todo Soissons un almacen mas acreditado que el vuestro, y sé que poseéis cuatro buenas casás. Por nuestra señora de Soissons, no conozco villana ni señorita noble que no se considerara muy feliz de teneros por esposo. Podeis pedir la mano de la que mas os agrade, y tan luego como dijérais vuestra eleccion tendríais una esposa.

—¿Monseñor me trata con demasiada benevolencia! Podria saber, monseñor, por qué se me ha llamado?

—Mirad el picaruelo! murmuró el prelado. ¡Por Santiago, que su sangre fria hubiera hecho honor al mas galante caballero de la corte del loco rey Enrique II! Vamos, amiguito, no hay para que disimular; todo se sabe. Os han visto hacer señas y dirigir miradas á una linda muchacha que merece vuestra eleccion.

—Os juro, monseñor, que no comprendo una palabra de lo que me decís. El obispo se inmuto al ver la sangre fria de Juan.

—¿Pues qué, dijo, ahora mismo no estabais haciendo gestos á mi pupila Maria?

El pañero no pudo menos de sonreirse.

Monseñor, replicó, ahora mismo estaba retozando en mi jardin con mi madre y mi hermana: Juana vió en una ventana de vuestro palacio á una muger que nos miraba; y cesamos en nuestros juegos, porque nos avergonzamos de ser sorprendidos en estos juegos por vuestra respetable hermana la señora condesa de Penevent. Despues fué cuando conocimos que era la señorita Maria.

Sonrióse á su vez el obispo; pero acompañó á su sonrisa un suspiro ahogado, porque conoció que Juan decia la verdad.

—Conozco, amigo mio, que ha habido un error en todo esto, y que no es cierto que haciais señas á mi pupila ni á mi hermana. Perdonad, amigo mio. Mañana enviaré á mi sastre á vuestro almacen para que compre el paño que sea necesario para una sotana nueva. Hasta la vista.

Juan volvió á arrodillarse para recibir la bendicion episcopal que le dió el prelado; despues cuando el jóven se hubo retirado, corrió con toda la viveza que le permitian sus viejas piernas al departamento de su hermana.

—Todo ha sido un engaño, le dijo sentándose porque la precipitacion que empleó para justificar á su protegida le habia dejado sin aliento. No hay la menor intriga entre maese Juan y Maria; Pastelot, añadió reprimiendo una sonrisa, creia que eras tú, hermana, la que estaba en la ventana.

La sonrisa del obispo no es escapó á la mirada penetrante de la señora de Penevent, que se puso todavía mas pálida de rabia, pero se dominó y contestó:

—¿Poco me importa que seas el juguete de maese Juan el pañero! Afortunadamente no tengo porque ocuparme ya de sus intrigas insolentes y de sus excusas mas insolentes todavía.

—¿Luego sabeis tambien la verdad como yo?

—Sí, sé que he echado del palacio episcopal á la que no se avergonzó de introducir en él el escándalo!

—¡A Maria! has echado á Maria! lanzar vergonzosamente de mi casa á esa pobre niña que no ha cometido otra culpa que tu malicia y tu maldito carácter! ¿Dónde está? Quiero que vuelva á mi casa. No consiento que salga de ella! ¿Qué será de la pobre niña que no tiene mas apoyo en el mundo que yo? ¿Cómo! despues de calumniarla vergonzosamente, quieres reparar tu falta echándola á la calle! Bastante tiempo he sufrido tus caprichos, pero por el santo sacrificio de la misa que esta vez no será así!

Y salió dejando á su hermana estupefacta al ver por la primera vez despues de diez años á su hermano con trariarla abiertamente.

Cuando la condesa salió de la habitacion de su hermano, entró montada en cólera en el cuarto donde habia encerrado á Maria. Sin proferir una palabra, la cogió por el brazo, la condujo ó mas bien la arrastró hasta la puerta exterior del palacio episcopal, y allí, enseñándole el umbral, le dijo: Si volveis á poner los pies en esta casa, haré que os echen á palos como merecen las muchachas de vuestra clase. Id á buscar al cómplice de vuestras intrigas, pero no pronunciéis jamás mi nombre ni el de mi hermano, sino quereis que os eche el verdugo del pueblo, como yo os echo de esta casa.

Y se entró dejando á la pobre Maria desolada, y moribunda, la cual desmayándose al fin cayó en la escalera con la cara oculta entre sus manos. En aquel momento salió Juan Pastelot, tan preocupado de su singular conversacion con el obispo, que sin verla tropezaron sus pies con la infeliz muchacha. Esta levantó maquinalmente la cabeza y Juan reconoció á la protegida del obispo.

—¿Señorita Maria! exclamó.

Esta sola contestó con suspiros.

—Todo lo comprendo ahora, dijo: esa infame muger os ha echado! Quiere vengarse en vos de su grosero engaño y yo soy la causa inocente de vuestra desgracia! Veamos, añadió dulce y afablemente, cuales son vuestros proyectos? Qué váis á hacer? porque es un deber mio ayudaros con mis consejos y mi apoyo. Donde quereis que os conduzca?

—¡Ay! yo misma no lo sé! No conozco á nadie en el mundo! Estoy sin asilo y sin protectores! solo me resta morir!

—No será así, replicó el compasivo jóven, conmovido de tanta afliccion, no quiero que se diga que os dejo abandonada á tanta desesperacion. Pero como no sea este el sitio ni el momento mas á propósito para semejante conversacion, hacedme el honor de venir á casa de mi madre. Allí encontrareis una proteccion mas útil y mas positiva que la que puede ofreceros un jóven como yo. Enjugad vuestras lágrimas, señorita, porque os juro por

la salvacion de mi alma, que ni mi madre ni yo os abandonaremos jamás.

—¡Bien pensado! bien dicho! interrumpió una voz bronca, pero benigna, que nada menos era que la del obispo, quien aproximándose á Juan y á María, sin meter ruido, pudo oír su conversacion. Bien pensado y bien dicho! Todo lo he oído! Sois un buen muchacho, maese Pastelot, y tú María, á pesar de las necias é injustas prevenciones de mi hermana, volverás á mi palacio y ella tendrá que confesar los agravios que te ha hecho.

María hizo un gesto de espanto y se aproximó instintivamente al pañero.

—En realidad, continuó el obispo, la vida que te da mi hermana no es soportable, y los acontecimientos de hoy no la harán mejor. Por otro lado si te refugias en casa de maese Pastelot, mi hermana cantará victoria, y a decir verdad, la calumnia hará entonces mejor su oficio, pues preguntará por qué has escogido un refugio precisamente en la casa del que te acusa que amas. Es preciso pues, apelar á otro medio para arreglar todo esto.

—Ese medio es muy sencillo, objetó Juan.

—¡Cómo! exclamó el obispo estupefacto, ¿lo habeis encontrado? Y cual es ese medio, amigo mio?

—Que lleveis á la señorita María á casa de mi tia Catalina Margerin, la hermana de mi madre: que tiene un almacén de modas en la Plaza Mayor, conocido con el nombre de la *Perla del Oro*, y le digais que quereis que la señorita entre de aprendiz. Vuestra recomendacion vencerá todas las dificultades y mi tia Margerin acordará cosas mas difíciles que esta á una visita personal de monseñor el obispo.

—¿Qué te parece este proyecto, querida mia? dijo el obispo.

—¡Oh! lo acepto agradecida.

—¡Bien! muy bien! exclamó el prelado. Enjuga tus ojos, María, y apóyate en mi brazo. Y vos, amigo mio, volved á vuestra tienda y punto en boca sobre todo esto. Este es un secreto que debe quedar entre nosotros cuatro, mi hermana que jamás sale de casa, yo, que le guardaré, y vosotros dos, á quienes prohibo decir una sola palabra, ni aun á vuestra tia, Juan, ni á vuestra madre, y mucho menos á vuestra linda hermana. Afortunadamente nadie ha pasado por delante del palacio durante nuestra conferencia, y yo he procurado teneros ocultos detras de esta columna. A Dios, maese Pastelot.

El pañero saludó al obispo inclinándose hasta el suelo, y María y su protector se dirigieron á la tienda de modas.

La señora Margarita hallábase ocupada en servir á algunos parroquianos cuando vió al prelado entrar en su casa. En el acto todos los concurrentes se arrodillaron y el obispo les dió su bendicion. Juzguese cual seria la admiracion y la alegría de la modista al recibir á la ilustre visita.

—Me alegro de veros tan buena, mi querida señora Margerin, dijo el obispo en alta voz y de modo que le oyesen todos los compradores que llenaban el almacén, porque sabia cuan dulce era aquella publicidad para la modista. Vengo á pedir os un favor: aqui teneis una muchacha que amo como si fuera hija mia: no piensa mas que en aprender á bordar y en el comercio de telas, y he resuelto que vos seais su maestra. Aqui os la traigo: vuestras condiciones serán las mias: ademas yo vendré frecuentemente á visitar á mi pupila y hablar con vos.

Volvió á echar su episcopal bendicion á la arrodillada concurrencia, saludó á la señora Margerin, besó á María en la frente y se retiró dejando á la modista llena de orgullo y de alegría. Esta despachó con la mayor celeridad á sus parroquianos, y acercándose despues á su nueva discipula le pidió permiso para abrazarla. Merced á sus maneras afectuosas, la señora Margerin no tardó en captarse la amistad de la pobre niña, que, poco há habia si-

do tan maltratada por la temible hermana del obispo.

Terminados estos obsequiosos preliminares instaló á María en un lindo cuarto, el mejor de toda la casa, y se ocupó en seguida del ajuar de su joven huésped, porque los vestidos de seda que acostumbraba á ponerse en casa de su tio no cuadraban ya á su nuevo estado. Ambas se pusieron á cortar sobre el mostrador, y al anochecer casi habian concluido un vestido como en aquella época llevaban las muchachas de la clase media de Soissons. Al dia siguiente todo el mundo en la ciudad sabia que monseñor el obispo habia puesto en calidad de aprendiz á su pupila en casa de la señora Margerin, y todo el mundo envidiaba á la modista, sobre todo cuando vieron al obispo ir á visitar segunda vez á la mitad del dia, á aquella venturosa muger, sentarse familiarmente en la trastienda, y no desdenarse de beber un vaso de excelente vino de grosella que ella sabia preparar, como monseñor se complacia en decirlo, mejor que todas las amas de gobierno pasadas, presentes y futuras.

V.

MAESE PASTELOT TOMA ESTADO.

La señora Catalina Margerin; hija de un rico vecino de Soissons, se casó á los 21 años con un joven comerciante de telas, á quien amaba desde su infancia y que vivia en la vecindad. Jamás la mas leve agitacion turbó sus puros y cándidos amores, y su union no fué menos tranquila ni menos feliz. El trabajo y la ternura, tal fué su vida hasta el dia fatal en que la muerte vino á arrebatár á Margerin despues de quince años de matrimonio. Catalina estuvo á punto de sucumbir bajo el peso de su dolor, y sin los tiernos cuidados de su hermana, la señora Pastelot, la desesperacion la hubiera conducido al sepulcro; pero el afectuoso cariño de aquella excelente muger la volvió á la vida, y poco á poco se resignó á la cruel separacion que la dejaba entregada á tan grande y triste aislamiento.

Diez años hacia ya que le habia sucedido esta desgracia y sin embargo aun vestia de luto; pero habia recuperado insensiblemente su jovialidad. Sola en su tienda, de la que no salia sino muy de madrugada para ir á misa, jamás se habia quejado de la voluntad de Dios. Sin embargo, cuando dos esposos pasaban por delante de su tienda suspiraba, y si algun niño de sonrosadas mejillas y carita redonda venia á jugar delante de la puerta de su casa, sentia llenarse sus ojos de lágrimas. Y no se diga que desde la muerte de Margerin, no hubiera podido casarse ventajosamente, pues, á pesar de sus cuarenta y cinco años, Catalina estaba todavia fresca y hermosa; pero á todas las proposiciones de casamiento que se le hicieron, respondió siempre con una terminante negativa, alegando que habia hecho firme propósito de llevar hasta la muerte el nombre del marido que por espacio de quince años la habia dado tanta felicidad. En nada alteró su antiguo género de vida: solo recibió á su servicio á una criada anciana, mas bien para que la hiciera compañía, que por los cuidados que pudiera prestarle. Con tales antecedentes puede inferirse cual seria la acogida que hallaria María al lado de aquel pobre corazón despojado del único afecto que le habia llenado. Catalina principió á amarla desde luego como hubiera amado á su hija si Dios le hubiese concedido una. María encontró en aquella ternura sencilla y dulce lo que jamás le habian dado ni la brutal proteccion de la condesa, ni la insuficiente benevolencia del obispo, ni la envidiosa fraternidad de sus compañeras de convento, ni aun el cariño de la vieja abadesa; porque en las maneras de esta habia un no sé qué de respetuoso para la niña, que reprimia las efusiones del corazón. La señora Catalina por el contrario, amaba á su aprendiz como á una compañera, con el

abandono de una alma codiciosa de amor, y que al fin halla el objeto en que poder dignamente emplearlo. Esta ternura inteligente nada tenía de exajerado en su espresion: era un bien estar apacible que experimentaba al lado de María, y un descao infatigable, pero sin quisquillosa importunidad, de agradarla; adivinaba sin trabajo todo lo que podía ser grato á su jóven aprendiz, y se lo proporcionaba antes que ella tuviera tiempo para desearlo. Poníase alegre y placentera siempre que María se entregaba á esas largas conversaciones, en las que un indiferente no hubiera encontrado mas que lugares comunes, pero que abundaban para ella en mil vínculos morales que estrechaban sus corazones en una deliciosa y placida armonia.

Ambas se levantaban al amanecer, y su primer cuidado era ir á misa, despues de lo cual volvian á ayudar á la vieja doméstica en los quehaceres de la casa y se vestían con sencillez y gracia para pasar á la tienda. Apesar de sus cuarenta y cinco años, los hermosos cabellos blancos de la señora Catalina nada habian perdido de su hermoso matiz ceniciento, y sus ojos negros brillaban con un destello juvenil que nada quitaba por lo mismo á sus regulares facciones de su espresion llena de dulzura. Su toca de una blancura extraordinaria la cuadraba á las mil maravillas, y su vestido negro hacia resaltar la nitidez de sus pequeñas manos, despues de adelgazar graciosamente su talle redondo; el conjunto todo de su persona tenía un no sé qué de agradable y esbelto que nadie la daba arriba de treinta y cinco años aunque se pusiera á examinarla severamente.

La hermosura de María, sentada á su lado, se caracterizaba por el contrario por una gran distincion de formas y de maneras.

Los parroquianos no dejaban de manifestar cierto embarazo al preguntar á esta jóven, que parecia una reina, el precio de las telas. Asi es que se entendian mejor con la señora Catalina: pero cuando oian la voz suave de la aprendiz; cuando experimentaban su gracioso modo de complacer, á ella era á quien se dirigian con preferencia. María se puso pronto al corriente de su profesion con una facilidad que no pudo menos de encantar y asombrar á la maestra, no debiendo omitir que la jóven aprendiz habia reemplazado desde el dia siguiente de su llegada á un viejo borracho é insolente que venia todas las tardes á ajustar las cuentas de la modista, que como casi todas las mugeres de la clase media de la época, sabia apenas escribir y leia con dificultad.

Menos el tiempo que empleaban en comer, pasaban lo restante del dia en la tienda trabajando con actividad, pero sin fatiga, y con las innumerables distracciones que ofrece la presencia de compradores incesantemente renovados. Pero la noche era su momento de felicidad y de recreo; sentábanse al lado de una gran mesa. María tomaba los libros del comercio ó se ocupaba en hacer calceta; la señora Catalina la hablaba de mil cosas enteramente nuevas para la pobre niña que habia estado tanto tiempo encerrada. Su ignorancia de toda la vida real admiraba por su naturalidad á la naturalidad misma de la buena modista. Estas pláticas duraban hasta las ocho; sucediales la cena sin interrumpirlas, y á las nueve se ponian á rezar delante de un crucifijo de ébano y marfil. En seguida las dos nuevas amigas se retiraban á sus respectivos cuartos y no tardaban en dormirse felices y tranquilas.

Era el lunes cuando María entró en casa de la señora Margerin, y al llegar al sábado no comprendia como se habia pasado tan pronto la semana. El tiempo volaba ahora para ella con una rapidez que no habia conocido ni en el convento ni al lado de la grosera hermana del obispo.

—Ea, pues, hija mia, dijo la señora Catalina cuando al anochecer del sábado se cerró la tienda y María se disponia como de costumbre, á sentarse delante de la gran

mesa: esta noche tenemos que hacer algo mas que coser gorritos ó bordar mantillas. Mañana vienen á comer conmigo mi hermana y sus dos hijos, y es menester pensar en hacerles un buen recibimiento. Vamos, pues, á mudarnos nuestros vestidos, y en seguida bajaremos al horno para hacer una buena torta; porque mi sobrino Juan es muy aficionado á las tortas y no se contenta con poco. ¡Qué buen muchacho es! añadió, cuando le veas, estoy segura de que te agradecerá.

Las megillas de María se encendieron con un brillante carmin; afortunadamente la señora Catalina se hallaba al extremo opuesto de la trastienda y no reparó en la inocente turbacion de la jóven. Aun no se habia repuesto totalmente de esta agitacion cuando la señora Margerin vino á ayudarla á quitarse el vestido y la condujo á la cueva, donde segun costumbre del país, estaban la cocina y el horno.

Pasóse la noche en la fabricacion de la torta, ayudando María á la señora Catalina con tal destreza é inteligencia que la dejaban admirada. Despues subieron á sus cuartos, donde numerosas abluciones no tardaron en hacer desaparecer los rastros blanquecinos que la harina y la pasta habian dejado en los brazos robustos de la señora Margerin é incrustado en los aflados dedos de María. En seguida se acostaron, y debemos decir, como fieles historiadores, que María se durmió aquella noche mas difícilmente que de costumbre.

La mañana del domingo no causó menos agitacion en casa de Pastelot; su madre y Juan hablando largamente de la nueva aprendiz de la señora Margerin, que ya deseaban ver, y el corazon de Juan palpitaba sin que pudiera darse cuenta de los motivos que lo hacian palpar. Al fin llegó la mañana solemne, la señora Pastelot fué á la misa mayor con sus hijos, y allí en la iglesia encontró á la señora Margerin y á María. Catalina saludó con una sonrisa á su hermana y á su sobrina. Estas saludaron á la aprendiz que les contestó con una reverencia y ocultó el rubor que le subia á la cara con el libro de devociones que tenia en la mano. Juan no experimentaba menos embarazo, y jamas habia asistido con menos atencion al santo sacrificio de la misa. Apesar de sus esfuerzos, sus miradas se dirigian involuntariamente á María.

La misa se concluyó al fin y tomaron el camino de la casa de la señora Margerin. Las dos jóvenes se agarraron del brazo, Juan ofreció el suyo á su tia, mientras que su madre se apoyaba en el otro. De este modo atravesaron la Plaza Mayor y llegaron al almacén de modas. Durante el camino la señora Margerin no cesó de repetir bajo mil formas el elogio de su aprendiz, sin olvidar que monseñor el obispo la habia hecho, á ella la señora Margerin, tres visitas en cuatro dias, acompañando esta gran noticia de algunas reflexiones sobre la eleccion que de ella habia hecho el prelado entre todas las modistas de la ciudad para confiarle su pupila; pero afortunadamente no vió la sonrisa que aquellas reflexiones hicieron asomar á los labios de su sobrina.

Al llegar la noche Juan sintió que hubiese pasado con tanta rapidez aquel dia, y le parecia que diez siglos le separaban todavia del domingo siguiente. Juan no acababa de ponderar cuan hermosa y amable le habia parecido María, y la señora Pastelot estaba encantada de ella por los cuidados de que la habia rodeado.

—No es orgullosa, decia, sin pensar que hablaba de una aprendiz de su hermana, porque del mismo modo que todos estaba encantada de que María la hubiese tratado con cariño, é involuntariamente rendia homenaje á la superioridad que la pupila de la abadesa de Nuestra Señora ejercia sin saberlo sobre todos cuantos la veian.

Un año entero pasaron de esta suerte la venturosa familia y María. El obispo venia á visitar con frecuencia á su protegida para sustraerse á las escenas violentas de su hermana, que le reprendia como un insulto hecho á

ella misma el cariño que profesaba á la jóven que ella habia echado á la calle. Así es que aquel tomaba el partido de hacer parar su litera delante de una de las casas de la vecindad de la señora Margerin, se deslizaba suavemente á lo largo de la calle y muy arrimado á la pared, hasta que llegaba á la tienda, donde gozaba el triple placer de ver á Maria, de agradar á la señora Margerin y de conversar con los parroquianos que llenaban la tienda.

Por lo que hace á Juan siempre hallaba asuntos que le obligaban, primero una ó dos veces por semana, luego todos los dias, despues dos ó tres veces al dia, á ir á casa de su tia, donde pasaba horas enteras. La señora Catalina se sonreía disimuladamente, y Maria, cuando la visita de Juan tardaba un poco y dejaba pasar la hora acostumbrada, sentíase inquieta y triste, pero su hermosa y noble fisonomía radiaba de gozo desde el momento que se presentaba el jóven pañero que verdaderamente por su buen porte y galante figura justificaba el interés de la aprendiz.

Sucedió, pues, que un domingo, apenas vió Juana á Maria, se le avalanzó al cuello mas tiernamente que de costumbre y que la señora Pastelot cogió á la jóven por la mano y la condujo á la tienda, que por la santidad del dia estaba cerrada.

—¿Mi querida Maria, le dijo con sencillez, Juan os ama, quereis ser su muger?

Maria ocultó su cara sobre el hombro de la modista y se puso á llorar dulcemente; pero las lágrimas que deramaba eran de alegría. Luego que pasó aquel momento de feliz emocion, añadió la señora Pastelot

—Juana abraza á tu hermana.

Las dos encantadoras criaturas se abrazaron tiernamente y Juan besó la mano de su madre.

¡Qué alegre fué la mañana y que sabrosa la comida que siguieron á estos esponsales!

Despues de comer fueron á pasear por el jardin; Juan se apresuró á ofrecer su brazo á Maria; ésta era la primera vez que hablaba á solas con ella.

—¿Es verdad, le dijo, que me amareis siempre?

Maria dejó caer timidamente su mano en la del venturoso novio y su cabeza se inclinó sobre su pecho, pero la levantó al punto, murmurando. Porque ocultar lo que tengo á dicha poder deciros, si, Juan, yo os amo.

Juan sintió doblársele las rodillas. Sin embargo, no tardó en reponerse de esta ligera y viva emocion, y no sé que continuarían diciéndose, pero cuando la familia entró en la trastienda, los semblantes de los dos enamorados jóvenes espresaban una dulce intimidad y ya habian perdido la falsa vergüenza de su felicidad.

En la mañana del siguiente dia monseñor el obispo de Soissons recibió la visita de maese Juan Pastelot, vestido con su traje de fiesta. Sin duda el prelado sospechaba la causa de aquella visita ó la leía en el rostro del jóven, porque antes que éste se levantara y mientras todavía le echaba la bendicion episcopal, le dijo:

—¡Ola! parece que ahora no confundes á las muchachas solteras con las viejas viudas? Ya las miras de hito en hito y aun deseas verlas mas de cerca: esto es lo que se lee en tus ojos.

—Puesto que monseñor adivina el motivo de mi visita, espero que se dignará consentir...

—¿Darte á Maria en matrimonio? Mas de un año hace que he concebido este proyecto y que espero su ejecucion. Si; amigo mio, te doy la mano de esta muchacha querida, y me felicito de confiar el cuidado de su felicidad al jóven mas digno que yo conozco.

Juan saludó profundamente al obispo.

—¿Monseñor se dignará asistir al banquete nupcial?

—Y para celebrar yo mismo tu casamiento en mi iglesia episcopal con todo mi clero. Quiero desplegar una pompa que hará hablar de tus bodas por espacio de cien años.

—Gracias, monseñor, contestó el novio confundido, y se disponia á pedir otra vez la bendicion del obispo y á volverse á su casa, cuando lo detubo el prelado diciéndole:

—Pero me parece, amigo mio, que olvidamos una cosa.

—¿Cuál es? monseñor,

—La mas esencial despues de tu muger, la dote.

—He previsto vuestros deseos, monseñor; pues firmaré en el contrato de matrimonio cuatro mil escudos para mi muger.

—Sin contar los doce mil que ella aporta al matrimonio; si; doce mil escudos que sus ignorados padres enviaron con ella y le fueron entregados á la difunta abadesa de Nuestra Señora de Soissons. En cuanto á mi regalo de boda, espero que no quedarás descontento. ¡Como! esta noticia de una fortuna que no aguardabas, no te causa sorpresa ni alegría!

—Yo era bastante rico para los dos, monseñor, y hubiera querido...

—Y bien, acaba, hubieras querido...

—Hubiera querido que Maria lo recibiera todo de mi, añadió bajando los ojos.

—Eres un buen muchacho, replicó el obispo; pero Maria no te estará por eso menos agradecida y no vendrán mal los doce mil escudos. A Dios. ¿Cuando es la boda?

—Dentro de quince dias, monseñor.

Juan fué á llevar las buenas noticias que habia recibido del obispo á Maria y á su familia. Desde aquel mismo instante las cuatro mugeres pusieron con ardor mano á la obra. Las dos jóvenes amigas se ocuparon del ajuar, la señora Pastelot de la habitacion nupcial, y la señora Margerin, que sonreía por la felicidad de Maria y lloraba por separarse de ella, limpiaba la plata, sacaba del armario sus manteles adamascados y pasaba revista á toda la vagilla que habia de servir en la comida, en la cual queria escederse por asistir á ella el señor obispo. En fin llegó el tan deseado como memorable dia. A las doce de la mañana dos literas con la librea episcopal pararon delante de la casa de la modista: la encantadora novia subió la primera en compañía de la señora Pastelot, de Juana y de la señora Margerin; Juan y tres de sus amigos se colocaron en la segunda, y la comitiva se dirigió á la iglesia catedral, adornada como para un dia de gran solemnidad.

El obispo revestido con sus insignias pontificales, esperaba á los futuros esposos en el pórtico de la iglesia y les dió el agua bendita, como lo hubiera hecho con un príncipe. En seguida los condujo hasta el pié del altar mayor, donde los dos síndicos de los gremios de pañeros y comerciantes de telas, sostenian el velo nupcial que cubria las cabezas de Juan y Maria. Terminada la ceremonia dirigió el obispo una breve arenga á los nuevos esposos, y en seguida acudió al festin de boda que hizo el mayor honor á la señora Margerin y del cual se habló en toda la ciudad durante ocho dias.

A la semana siguiente dió una brillante comida en el palacio episcopal á la familia Pastelot. Su hermana la señora Lydoria, se hallaba ausente hacia un mes, pues asuntos interesantes de familia la habian llevado á Paris.

VI

LA FÉ DE BAPTISMO.

En el espacio de diez años, un solo acontecimiento grave presenciaron las personas que hasta ahora han representado un papel mas ó menos importante en esta historia, y fué la muerte de la condesa Lydoria de Penvenet, que falleció en Paris, dejando al buen obispo una libertad de la que no supo que hacer, y un descanso con

el que se sintió al principio casi desgraciado. Pero no tardó de sacar su partido de aquella vida dulce y tranquila, gracias á la respetuosa amistad que le profesaban Juan Pastelot, su jóven esposa y todos los individuos de la familia del pañero, comprendiendo en este número á Juana, venturosamente casada con un platero de la ciudad. La señora Margerin, despues de haber vendido su tienda, se fué á vivir con su sobrino y con su antigua aprendiz. El obispo nunca estaba mas contento que cuando convidaba á comer en su palacio á la familia Pastelot ó iba á comer en casa del pañero. Allí se despojaba de su carácter episcopal, reanimábase con un vasito de vino, y contaba anécdotas de la corte de Enrique II, de las que la pura y casta Maria no comprendia una palabra y con las cuales se sonreia Juan Pastelot. Sin embargo de esto el prelado no dejaba de afligirse por no ser todavía padrino de un hijo del pañero, pues esta era la única felicidad que Dios habia negado al jóven matrimonio. Entonces los ojos de Maria se llenaban de lagrimas, y el viejo prelado se reprendia su imprudente exigencia; pero algunos momentos despues volvía al mismo tema porque esta era una idea constantemente fija en su cerebro septuagenario y debilitado por la edad.

Menos esta felicidad nada faltaba al bienestar del pañero, si continuaba ejerciendo su profesion, era mas bien por tener una ocupacion que le libraba del fastidio de la ociosidad, que por aumentar su fortuna, la cual bastaba á cubrir todas sus necesidades. Maria pasaba el dia desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde en el mostrador de su marido; pero en cuanto daban las cinco dejaba para el dia siguiente los asuntos serios, y se entregaba á los quehaceres de la tarde, de los que la sacaba casi siempre el obispo estimulado por las golosinas que le preparaba la señora Margerin, y mas estimulado todavía por el deseo de pasar un rato en conversacion con aquellas honradas gentes. La amistad del prelado hacia el pañero aumentaba la buena consideracion y favorable concepto que daban al digno comerciante de paños del *Arbol Rojo* su fortuna, su honrado caracter y la amabilidad de Maria. Nadie sospechó de la sinceridad del intimo afecto que el buen prelado mostraba al pañero, y seguramente era preciso que estas personas reuniesen dificiles y raras condiciones para que la maledicencia de una poblacion pequeña permaneciese inactiva, respecto á personas á quienes toda la ciudad envidiaba.

A fines de junio de 1603 fué preciso reparar el altar mayor de la iglesia episcopal, y el prelado no consintió que nadie mas que él se encargase del cuidado de sacar del tabernáculo los vasos sagrados y las hostias consagradas. No sin gran sorpresa halló entre estos objetos una cajita de oro sellada con el sello del obispo su predecesor, y colocada cuidadosamente en un rincon, que quedaba siempre oculto detras de la puerta que se abria del tabernáculo, de modo que era casi imposible descubrir el depósito misterioso. Se llevó á su casa esta cajita, y despues de haber consultado largo tiempo consigo mismo si debía abrirla ó dejarla intacta, decidió que habiendo transcurrido ya mas de veinte años desde que murió el obispo, podia satisfacer su curiosidad sin escrúpulo de conciencia. Rompió, pues, el sello y encontró un bucle de cabellos encerrado en un medallón de oro. Dos pergaminos acompañaban á esta reliquia; el uno era una partida de bautismo concebida en estos términos:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Yo, Luis Gerónimo, obispo de la diócesis de Soissons, el 10 de febrero del año de nuestra redencion 1368, derramé las santas aguas del bautismo sobre la muy alta y muy poderosa princesa Maria Estuard, hija legitima de Su Magestad Cristianísima Maria, reina de Escocia y de Inglaterra, y de Jacobo, conde de Bothwell, siendo sus padrinos el muy venerable her-

mano Mac Mahan de la órden menor de San Benito, obispo de Soissons y la muy venerable señora Maria Mowbray, abadesa del monasterio de Nuestra Señora de Soissons.

«En fé de lo cual firmo

«†Gerónimo, obispo.»

Hé aqui lo que contenia la carta unida á esta fé de bautismo:

«Querida y venerable señora Maria.»

«En este momento que os escribo estoy cautiva en el castillo de Lochleven, y acabo de dar á luz una niña. «Todo lo temo por el destino, ya que no por la vida de esta pobre criatura, por cuyo amor he sufrido tanto. «El 18 de julio de este año de gracia, cuando mi esposo, el conde de Bothwell tuvo que emigrar á la Noruega, los lores miembros del consejo privado de Escocia me propusieron que protestase contra mi union con dicho conde y la declarase forzada é ilegítima; pero aunque esta es la verdad, porque he dado mi consentimiento para este matrimonio teniendo un puñal sobre mi garganta, me he negado tenazmente á ceder á los deseos de los lores del consejo privado porque llevaba un hijo en mis entrañas, y esto hubiera sido llenarlo de odio y vergüenza para toda su vida. Así lo he escrito á mi familia de Lorena que me ha afeado altamente mi maternal perseverancia. No tengo en este mundo otra amiga fiel y segura mas que vos á quien confiar esta querida niña nacida en el cautiverio y en medio de las inquietudes. Educadla secretamente en vuestro convento, sin revelar á nadie, ni aun á ella misma, el secreto de su nacimiento. Si llegan para mí mejores dias la llamaré á mi lado; pero si la adversidad continúa persiguiéndome, prefiero que viva obscura é ignorante de su sangre real; sé demasiado lo que cuesta llevar una corona. Sin embargo no la obligeis á tomar el velo y pronunciar votos hasta despues de mi muerte. ¡Adios! querida y amada Maria, dulce compañera de mi juventud en la hermosa corte de Francia; adios, os confío el tesoro mas precioso que queda á una pobre reina, la cautiva de su hermano. Un amigo generoso que no me atrevo á nombrar por temor de perderle, se encarga con esposicion de su vida de llevaros á mi hija. ¡Adios!

«Maria, reina.»

Al leer el obispo estos documentos se sintió á la vez lleno de sorpresa y de inquietud.

—Por vida mia, exclamó, que he hecho un pan como unas hostias: he casado á un pañero con la hija de la reina de Escocia y hermana del rey Jacobo, que acaba de subir al trono de Inglaterra por muerte de la reina Isabel! Dios quiera que no me suceda alguna desgracia de todo esto.

Mientras examinaba los títulos de nacimiento de Maria, vino á avisarle un page que la abadesa del convento de Nuestra Señora de Soissons le suplicaba pasase inmediatamente al convento para un asunto de la mas grave y alta importancia. Por un presentimiento imperioso comprendió el obispo que se trataba del secreto que la casualidad acababa de descubrirle, y ocupado de esta idea se dirigió al convento, donde halló á la superiora en una extrema agitacion y en presencia de un jóven caballero á quien prodigaba los mas humildes testimonios de respeto.

—Monseñor, dijo cuando vió al obispo, aquí está su alteza real, el principe de Gales, que viene á preguntar por una jóven que hará treinta y cinco años salió de este convento. ¿Teneis, monseñor, conocimiento de este hecho, de que yo no conservo memoria?

Al pronunciar estas palabras estaba pálida y temblaba de pies á cabeza.

—Mas bien deberiais acordaros de esta jóven, interrumpió el obispo, que no se sentia menos embarazado y comprendia la necesidad de justificarse á costa de la abadesa: vos sois la que deberiais acordaros que á pesar de mis instancias la echasteis del convento, bajo el pretexto de que nada, no obstante el testimonio de la abadesa en la hora de su muerte, establecia la legitimidad de su nacimiento, y que no podia ni tomar el velo en esta abadía, ni permanecer mas tiempo aqui como pensionista.

La abadesa estaba mas muerta que viva, porque el jóven principe con una fisonomía naturalmente severa, fijaba sobre ella miradas que espresaban un amargo descontento.

—¿Y dónde está la desgraciada que habeis echado de este convento? preguntó el principe.

—La he recogido en mi casa, se apresuró á contestar el obispo, y si vuestra alteza real me lo permite, quiero decirle todo lo que ha sucedido á esa persona y aun llevaré á vuestra alteza donde esta ella. Pero, añadió, creo que este negocio exige reserva, y si mi palacio episcopal no es una mansion indigna del heredero de la corona de Inglaterra....

—Acepto vuestra hospitalidad, señor obispo, pero démonos prisa, porque estoy impaciente por conocer los detalles de esa aventura que es para mí del mayor interés....

Antes de salir se volvió á la abadesa y la dijo:

—Habeis obrado muy mal, señora, pero si á todos estos perjuicios agregais el de revelar el secreto de mi nombre y los motivos de mi visita, el rey de Francia os castigará severamente.

En el camino, dentro de la litera donde habia subido el jóven principe, le contó el obispo todo lo que sabia de María, si bien no le dijo una palabra del hallazgo de los pergaminos, porque el principe de Gales parecia querer hacer un misterio del nacimiento de la que habia ido á buscar el convento de Nuestra Señora.

El prelado vió la frente de su huésped obscurecerse extraordinariamente cuando llegó á la revelacion del casamiento de la hija de María Estuard, y mucho mas cuando fué preciso confesar que su marido era el pañero de la tienda del *Arbol Rojo*. El principe paseaba aceleradamente por la sala, mientras que el obispo en una inquietud mortal se encomendaba interiormente á Dios.

Al fin se paró el principe y colocandose en frente del prelado, le preguntó:

—¿No sabeis nada mas sobre el origen de esa muger?

Fijó sobre el obispo miradas tan imperiosas que el anciano prelado fué á buscar los pergaminos del tabernáculo y se los presentó. Al verlos el hijo de Jacobo I dió un fuerte golpe en el suelo con el talon de su bota y profirió palabras de cólera, que aunque dichas en inglés, no asustaron menos al que las oía.

—Y esa muger, replicó, ¿tiene noticia de estos pergaminos?

—Hará poco mas de dos horas que los he hallado, é ignora su existencia.

El principe volvió á leerlos y pareció deliberar largo tiempo sobre lo que convenia hacer. Al fin resolvió ver á María y no decidir nada antes de haberla hablado; mandó, pues, al obispo que la hiciera venir al momento.

—Para que nada sospeche, dijo el prelado aturdido, mandaré á decirle que es para unos retazos de terciopelo.

El principe hizo un gesto de cólera tan violento que el obispo estuvo á punto de morir de miedo.

—¡Oh! Dios mio! murmuró enjugándose la frente, Dios mio! ¿qué sucederá de todo esto?

No tardó en venir María. Al ver su noble continente y su hermosura serena y celestial, el principe se sintió algo desarmado. Quitóse el sombrero de anchas alas

que hasta entonces habia cubierto su cabeza y la saludó silenciosamente. María le miró con sorpresa dirigiendo en seguida sus miradas al rostro demudado del obispo. Ella sin embargo conservó su serenidad y preguntó qué tenia que mandarla monseñor y en que podia serle útil.

—Señora, dijo el principe, que pareció tomar de pronto una resolucion, es un consejo que quiero pediros.

—Un consejo, señor, ¿un consejo de mí? replicó María sonriéndose.

—Sentaos y escuchadme. Hay en una ciudad de Francia, no importa cual, una muger de origen ilustre; remontémonos mas alto, de origen real quizas.... Esta muger es la esposa de un mercader, y se ha casado ignorando su ilustre cuna... ¿me escuchais bien?

—Os escucho, señor, con toda mi alma, replicó notablemente conmovida.

—Hoy van á revelar á esta muger el secreto de su nacimiento. ¿Qué pensais que debe hacer?

—¿Vive su madre? preguntó María con interés.

—Su madre ha muerto.

María sintió llenarse sus ojos de lágrimas.

—¿Y su padre? añadió con voz alterada.

—Su padre no merece ni su respeto ni su ternura. Tambien ha muerto.

—¿Y qué proponen á esa muger?

—Que deshaga su mal casamiento, que no puede ser legitimo, porque lo ha contraido ignorando que lo era.

—¿Y esa muger, qué recibirá en cambio del rompimiento de su matrimonio?

—Un asiento al lado de un trono.

—Señor, dijo María levantándose y con voz firme, si esa muger vacilase en permanecer fiel á su marido y pensase en salir de su feliz obscuridad, no mereceria mas que el desprecio.

Y como Carlos la mirase con asombro:

—¡Si, el desprecio! añadió, porque llenaria de desesperacion y de vergüenza la vida del que no vaciló un momento en levantarla hasta él, en partir con ella su fortuna y su nombre cuando no era mas que una pobre mendiga sin asilo. ¿No es verdad, monseñor, que esto seria una infamia?

El obispo fingió no oir y pareció absorto con el breviarío que no cesaba de hojear.

—¿Y si se tratase de vos, nada cambiaria vuestro modo de pensar, señora?

—Sé que se trata de mí, señor, vuestras palabras me han explicado claramente las palabras misteriosas de la digna abadesa que me ha recogido y educado. Ellas me dicen porqué la santa muger me prodigaba respetos estranhos; ellas me dicen tambien porqué me abrazaba tan apretadamente el día en que la comunidad rogaba á Dios por el reposo del alma de la reina de Escocia, María Estuard.

El principe estaba confundido al ver tanto valor y tanta elevacion de pensamientos.

María continuó diciendo:

—Señor, si estais encargado de revelarme el secreto de mi nacimiento, ya lo sé; si venis de parte del rey Jacobo, mi hermano, á proponerme un asiento al pie de su trono, agradezco en el alma su piadoso recuerdo, pero no puedo aceptar su ofrecimiento. Quiero vivir y morir siendo la muger del hombre honrado que me ha hecho feliz en tantos años. Ya no existe en Soisson María Estuard; solo queda la muger de Juan Pastelot.

El principe Carlos ocultaba con ambas manos su rostro. Por lo que hace al obispo, creíase el juguete de un sueño y se movia convulsivamente en su sillón. El hijo de Jacobo se levantó al fin y se arrodilló delante de María.

—Yo soy el nieto de vuestra madre, dijo, yo soy vuestro sobrino, el principe Carlos de Gales! dadme á

besar vuestra mano, porque sois una noble y digna criatura! Voy á partir para Londres, y contaré fielmente al rey mi padre, todo lo que acabo de oír: yo le suplicaré que llame á su lado á vuestro marido, porque el que ha sabido merecer tan nobles afecciones, no puede ser un hombre vulgar. Mi padre le dará títulos de nobleza y...

—¡No, dijo Maria, no, monseñor! Juan Pastelot no es mas que un simple ciudadano; la nobleza, los títulos y las grandezas le sentarian mal. Yo le amo, le respeto, le venero, sus menores deseos son órdenes para mí; pero sufriría mucho si le viese entre los grandes señores que reirían de su honradez y se mofarían de sus maneras francas y naturales. ¡Monseñor, dejadme abrazar una vez, solo una vez, al hijo de mi hermano, y nada tendré que pedir á Dios sino que me reuna un día con mi madre en el cielo! En el cielo, donde no hay reinas, ni vasallos, señores ni pecheros, si no bienaventurados, iguales delante de la clemencia divina.

¡Llevad palabras de bendición y de ternura al rey mi hermano! Decidle que su hermana, la humilde y pobre muger de un pañero, rogará al Todopoderoso todos los días por él. Los reyes tienen necesidad de plegarias mas que los otros hombres, ¿no es verdad, monseñor?

—Sí, replicó gravemente el joven principe, la corona es una carga pesada y frecuentemente fatal. Tal vez obraís con prudencia en alejaros tanto de ella. Adios, señora, voy á contar al rey, mi padre, lo que acabo de ver y de oír: su prudencia apreciará la generosa resolución que habeis tomado. Adios, querida tia.

Y la abrazó afectuosamente, y al marcharse, se volvió diciendo:

—Antes que nos separemos, ¿no teneis nada que mandarme?

—Que os acordeis algunas veces de mí.

—Jamás os olvidaré, modelo de las esposas y del amor conyugal. Pero ¿y vuestra fortuna?

—Cubre suficientemente nuestras necesidades.

—Quando querais obtener una gracia del rey mi padre, ó de mí, os prometo que la alcanzareis á la primera petición.

—¡Gracias, Carlos!... gracias por vuestra generosidad, monseñor.

—Vuestra alteza real me dirá qué quiere que se haga de estos títulos, preguntó el obispo presentando los pergaminos al principe.

—Entregadlos á mi tia.

—¡De mi madre! ¿una carta de mi madre! ¡oh! ¡dádme-la, dádme-la!

Y leyó la carta sollozando: despues cuando terminó la lectura, dijo:

—Aun me queda un deber que cumplir. Yo guardaré con el mayor cuidado estos cabellos, santa y preciosa reliquia de mi madre; pero respecto á esta fé de bautismo y á esta carta, mirad lo que debo hacer.

Y arrojó los pergaminos en la chimenea, donde fueron devorados por las llamas.

—Y ahora, id con Dios, monseñor el principe de Gales.

El principe partió y el obispo se quedó solo con Maria, que oprimía contra sus labios los cabellos de su madre.

—Juan Pastelot, dijo, va á quedar sorprendido y admirado cuando sepa toda esa maravillosa aventura y vuestro generoso sacrificio.

—Nada sabrá Juan Pastelot, replicó ella.

El obispo cogió la mano de Maria, la llevó respetuosamente á sus labios y la humedeció con una lágrima de admiración, exclamando:

—Sois la mas noble y santa de las mugeres.

Ahora es preciso dejar correr muchos años y trasportarnos al mes de febrero de 1649. Maria y Juan Pas-

telot, sentados los dos cerca de una alta chimenea hablaban dulcemente de tiempos pasados y se sonreían aun á los recuerdos tiernos y sabrosos que evocaban. Al lado de ellos una muger que parecia contar cuarenta años y una joven de rara hermosura que tendria á lo mas diez y siete, los escuchaba con respetuoso silencio: era aquella la hija y esta la nieta de los esposos Pastelot, la linda Francisca, ya prometida á Enrique Raparlier, á quien su padre daba en arras una fábrica de paños que producía los mas hermosos tegidos de lana que se hacían en Francia. Sentada esta joven en un cogen á los pies de su abuela, prestaba atento oído á la relación de las pompas nupciales desplegadas por el obispo de Soissons en las bodas de su protegida, cuando entró un criado á anunciar la llegada de un joven caballero que deseaba hablar á la señora Maria Pastelot.

Maese Pastelot mandó que entrase y se presentó un joven de 19 años, vestido de negro, cuyo color de luto convenia perfectamente á su fisonomía pálida y afligida. Aproximóse respetuosamente á la dama nonagenaria, hincó una rodilla en tierra, sacó del pecho una carta sellada de negro y no pudo reprimir sus sollozos. Maria rompió el sello y respondió con lágrimas á las lágrimas del caballero; éste se arrojó en los brazos de la anciana y estuvieron largo tiempo en esta actitud, mientras que los testigos de esta escena inesperada y el mismo Pastelot se miraban sorprendidos.

—¡Qué, exclamó al fin Maria, los miserables no han respetado á su señor, á su soberano! ¡le han asesinado! ¡Ay! estraña á las cosas de este mundo, ignoraba en el fondo de mi humilde existencia hasta el cautiverio y los peligros de mi sobrino! ¡Carlos! vos que yo he visto tan noble, tan generoso, habeis perecido bajo el hacha de un verdugo!

—Sí, amada tia. Sí, al descargar su golpe Isabel contra la reina vuestra madre, enseñó al pueblo inglés como se derriba una cabeza coronada. El pueblo se ha aprovechado de la lección y ha tratado al nieto como ella trató á la abuela.

Pastelot y sus hijos escuchaban estupefactos aquellas revelaciones del alto origen de Maria. Pero la pobre muger estaba demasiado traspasada de dolor para notar su turbación.

—¡Ellos le han juzgado, le han condenado y decapitado! En medio de sus sufrimientos y en tanto que, semejante á Cristo, su divino modelo, aproximaba á sus labios el caliz de amargura, se ha acordado de vos, que habeis preferido la felicidad de vuestro marido y una existencia oscura pero sin agitacion, al brillo seductor, pero fatal de una corona! La carta que teneis en la mano, os la escribió la víspera de su suplicio: un fiel criado la recibió de él arriesgando su vida y me la ha entregado. Leedla; mi querida tia! Leed, hija de Maria Estuard, quiero oír por última vez las palabras del rey mártir.

Maria leyó con voz trémula:

«Querida y amable hermana de mi padre, en la víspera de comparecer delante de Dios, mi soberano juez, quiero daros el último testimonio de mi ternura y de mi memoria. Sé que todavía sois de este mundo y que nada ha turbado la vida tranquila y feliz que supisteis elegir, pues respetando vuestro secreto, me he contentado con enviar todos los años á un fiel mensajero que inquiriese y me trajese noticias vuestras. Mi hijo os entregará esta carta dentro de la cual hallareis un bucle de mis cabellos para que los coloquéis al lado de los de vuestra madre asesinada como yo! y despues con solad á mi hijo ¡pobre huérfano! Repetidle que quiero que perdona como yo perdono á los que son causa de mi muerte. ¡Adios! querida y amada tia, nos veremos en el cielo.

Carlos, rey»

—Ahora que ya he cumplido el deber que me habia confiado mi padre para con vos, querida tia, dadme vuestra bendicion y recibid mi adios de despedida.

—¿Cómo! ¿os marchais ya?

—Voy á reconquistar el reino de mi padre.

—¿Vais á arrojaros en medio de sus asesinos? Os matarán tambien.

—¿Qué me importa ya la vida! El marqués de Ormond, á la cabeza de un poderoso bando, se dispone á combatir al infame Cromwell: mi puesto está allí. Adios.

—¿Señor! dijo Maria arrojándose, mientras que los demas la imitaban instintivamente en torno suyo, señor, ignoro lo que pasa en este mundo y no sé mas que humillarme delante de vuestros impenetrables designios; pero si la voz de una pobre muger puede llegar hasta vos, Dios mio, escuchad á la mas humilde de vuestras siervas y proteged á este pobre huérfano!

En seguida se levantó y con una magestad que no era afectada, puso las manos sobre la frente de Carlos II, hizo la señal de la cruz y dijo:

—Id ahora, señor, y que vuestra magestad llene su deber.

El monarca proscrito iba á retirarse cuando Juan Pastelot se acercó á él respetuosamente.

—Señor, le dijo, yo no soy rico, pero aqui teneis á mi hija que va á casarse honradamente. Si os dignais permitirme que os ofrezca para ayudar á vuestros nobles proyectos trescientas mil libras...

—¡Oh! haceis bien, Juan, esa conducta noble merece mi aprobacion, exclamó Maria.

—Señor, añadió la madre de Francisca, yo participo

de los sentimientos de mi padre y sacrificaremos con alegría hasta nuestro último escudo para servir vuestra causa; si tuviese un hijo, su vida os pertenecería.

—¡Oh! exclamó Carlos II, una sangre real no se desmiente jamas: vosotros todos sois nobles y generosos Estuardos. ¡Gracias, gracias! porque acabais de derramar un bálsamo de consuelo sobre mi lacerado corazón..... No necesito aceptar vuestros generosos ofrecimientos; el rey de Francia ha puesto á mi disposicion sumas considerables. ¡Adios, todos, adios! Rogad por el rey Carlos.

Y se alejó.

Entonces el viejo Pastelot se acercó á Maria y apretando sus dos manos entre las suyas, dijo:

—Me habias ocultado tu secreto, ¡Maria! ¡No has querido abandonar al humilde pañero para ir á sentarte al lado del rey tu hermano!

—¿El pañero no se casó conmigo siendo yo una pobre, huérfana, sin nombre, echada del palacio episcopal?

—¿Pero al menos porqué no me has dicho el inmenso sacrificio que hacias por mí?

—Por que el pensamiento de este sacrificio, que no era nada para mí, hubiera turbado tu felicidad; porque hubieras creído que yo echaba de menos un rango en el cual no pensaba.

En seguida interrumpiéndose de pronto añadió:

—Vamos, hijos míos, vamos á la cocina. Ya es tiempo de que pensemos en hacer la torta de boda. A pesar de mis ochenta años, quiero amasarla con mis propias manos.

ENRIQUE BERTHOUD



La familia Pastelot.